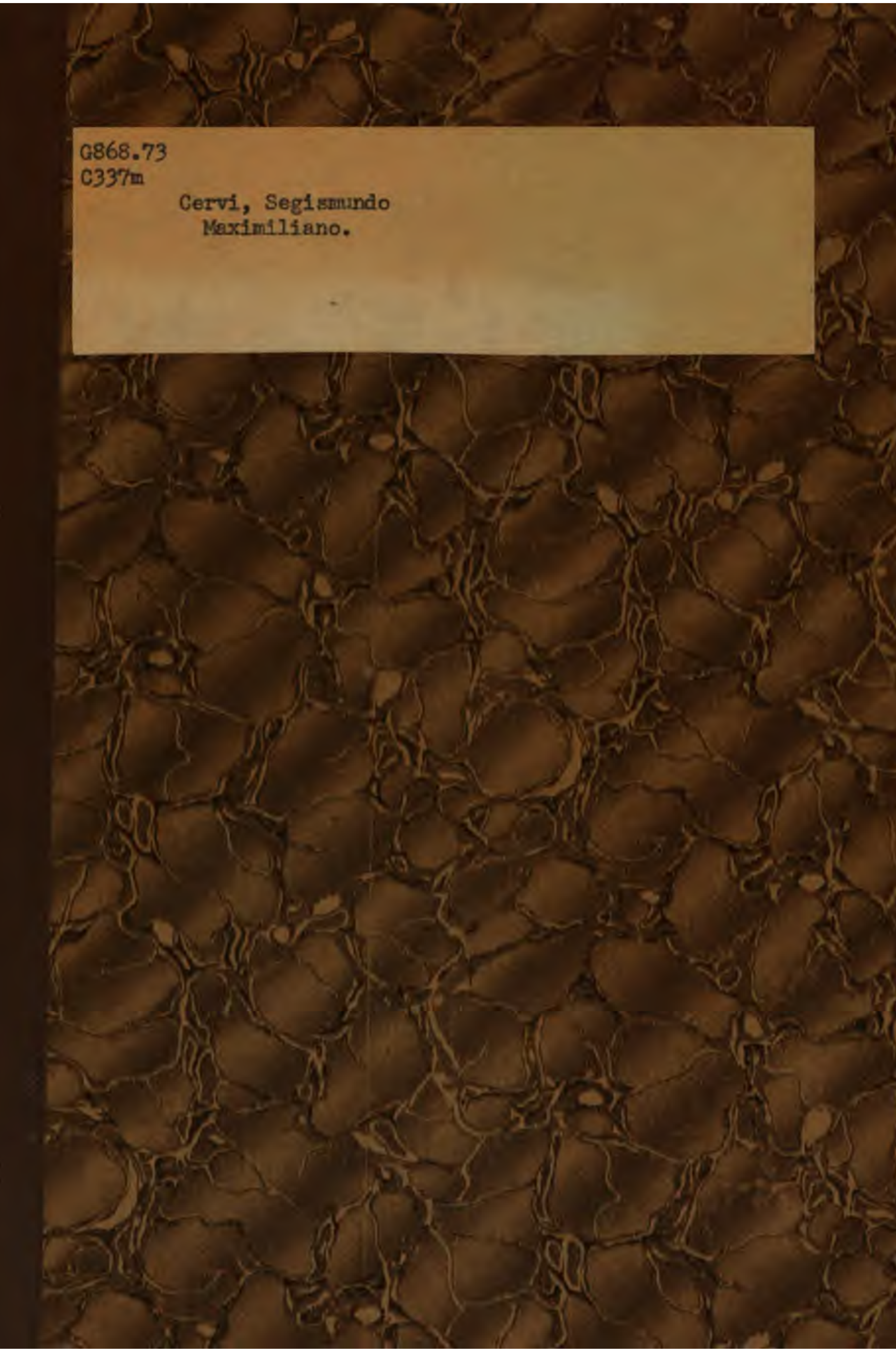


Cervi, Segismundo
Maximiliano.

MAXIMILIANO

— ó —

EL DESENLACE DE UN IMPERIO

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA ORIGINAL

—DE—

Segismundo Cervi

Representada por primera vez,
con extraordinario éxito, en el Teatro Nacional de México la
noche del Jueves 2 de Marzo de 1887.



MEXICO
TIP. EL FENIX, CALLE DE LEON NUM. 1.
1906

MAXIMILIANO

ó

EL DESENLACE DE UN IMPERIO

DRAMA HISTORICO

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SEGISMUNDO CERVI

Representado por primera vez, con extraordinario éxito,
en el teatro Nacional de México la noche del
Jueves 3 de Marzo de 1887.

MEXICO
TALLERES TIPOGRAFICOS "EL FENIX"
Calle del León, núm. 1
1906

A MI HIJO.

Emilio, hijo mio: Esta obra es el trabajo literario más serio de mi vida; puede llegar á ser reputado como bueno, mediano, malo y hasta pésimo, según la pasión del crítico; pero sea cual fuere la suerte que le toque en la censura, mi convicción no ha de cambiar.

Me propuse, al escribirlo, dar al Teatro Mexicano una obra de historia contemporánea de su propio suelo que, sin despertar iras ni avivar rencores, enseñase mucho aunque divierta poco.

El éxito alcanzado en su representación me prueba el logro del propósito.

Por eso te lo dedica

Tu Papá.

REPARTO

PERSONAJES

DON BENITO JUAREZ, 70 años, (no habla).
LA DIOSA LIBERTAD.
LA EMPERATRIZ CARLOTA, 22 años.
UNA INDIA DE QUERETARO, 50 años.
MAXIMILIANO DE HAPSBURGO, 36 años.
EL GENERAL D. MARIANO ESCOBEDO, 34 años, republi
EL GENERAL DON MIGUEL MIRAMON, 40 años, imperi
EL GENERAL DON TOMAS MEJIA, 46 años, imperialista.
EL PRINCIPE DE SALM SALM, 40 años, Coronel imperiali
SECRETARIO PARTICULAR DEL EMPERADOR.
EL CORONEL DOM MIGUEL LOPEZ, 40 años, imperialista
UN CHAMBELAN DE PALACIO.
EL DOCTOR BASCH, 50 años, imperialista.
CORONEL 1.o, republicano.
EL GENERAL VELEZ, 36 años, republicano.
CORONEL 2.o (no habla) republicano.
UN COMANDANTE (no habla) republicano.
CAPITAN 1.o, republicano.
IDEM 2.o, republicano.
UN SARGENTO, republicano.
Jefes, Oficiales, Clases y Soldados republicanos. Mujeres, ho
y niños del pueblo.

Derecha é izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Salón elegantísimo en el palacio nacional de México. Unido al lujo el buen gusto moderno, toda vez que los acontecimientos que dan lugar al drama tuvieron efecto desde el año de 1865 al de 1867. Todos los muebles blasonados con el águila coronada á la imperial. Alfombras, consolas, portiers, sofá, marquesina, sillería, colocado todo convenientemente. En primer término derecha gran mesa redonda ú oval, con papel, escribanía, timbre, periódicos y planos geográficos. Junto á la mesa un sillón. También á la derecha, en primer término, balcón, y en segundo puerta practicable. A la izquierda, en primero y segundo términos, puertas practicables. Gran puerta, también practicable, en el fondo, que deja ver la antesala, ricamente amueblada. La puerta derecha se supone que conduce á la secretaría particular de Maximiliano. Las de la izquierda, la primera á las habitaciones de Carlota; la segunda á las de su esposa, y la del fondo á los corredores.

ESCENA PRIMERA

El CHAMBELAN y el CORONEL LOPEZ entrando por el foro derecha.

CHAMBEL. Pase usted, señor Coronel.

LOPEZ. Gracias, amigo mío. (*Se sienta*) ¿Cómo está tan solitario este salón? ¿Acaso no han dejado todavía el lecho Sus Majestades?

CHAMBEL. Más de dos horas hace que el Emperador pasó á la secretaria, después de haber entrado en el cuarto de la Emperatriz.

LOPEZ. (*Con cierta importancia.*) Mal dia se nos presenta hoy.

CHAMBEL. ¿Qué? ¿Hay nuevas alarmantes?

LOPEZ. Por lo menos de gran sensación. (*Pausa.*) Parece que ese nuevo enviado de la Corte de Francia, el barón de Seyllar, al que todavia no ha querido recibir Maximiliano I, quiere amenazarnos con su inmediato regreso á Paris, si no se escuchan sus pretensiones y se accede á su demanda.

CHAMBEL. ¿Y cuáles son? Ese asunto lo ha tratado con tanta reserva su excelencia el ministro de Estado, que nadie ha podido vislumbrar...

LOPEZ. Hay cosas que no es prudente divulgarlas. No obstante, yo sé algo.

CHAMBEL. (*Con inge na adulación.*) Todo debe usted saberlo. ¿Qué puede haber oculto en la Corte mexicana para el señor coronel Lopez, el preferido, el compadre de su majestad ilustrísima?

LÓPEZ. Verdad es que el Emperador me distingue con señalados favores, pero hay negocios tan difíciles y transcendentales, tan reservados, que ni yo logro penetrarlos. (*Cambiando de tono.*) ¡Ah! Ese pícaro Napoleón nos trae más revueltos de lo que estar debiéramos, si menos pérfida fuera su conducta. Entre él y el mariscal Bazaine, no dejan una hora de reposo á este matrimonio, que desea la felicidad de México y que la haria. (*Movimiento de incredulidad en el Chambelan.*) No lo dude usted, si no le pusieran al paso tantos obstáculos.

CHAMBEL. Murmuran los descontentos de palacio que eso de que México llegue á ser feliz, rigién-

dolo una testa coronada, no es muy claro. Cuentan algunos, recordando hechos pasados, que Iturbice tenía en su favor que era mexicano, y á pesar de ello no le fué muy bien.

LOPEZ. Maximiliano es mexicano desde que aceptò la corona.

CHAMBEL. A eso añaden que él lo dice; pero que no es lo mismo haber nacido en este suelo que hacerse mexicano por conveniencia, y concluyen afirmando que no es facil convencernos de que sea nuestro compatriota el que ha nacido en Austria ó Alemania, el que ni siquiera sabe correctamente la lengua castellana.

LOPEZ. (*Reconviniéndole.*) Paréceme que es usted poco afecto al Emperador.

CHAMBEL. (*Temeroso.*) Yo solo refiero murmuraciones palaciegas; en cuanto á mí, le quiero bien, porque con su buen trato despierta simpatías. Pero si hé de decir la verdad, sin que por ello se me juzgue de ingrato, más me gustaría servir á un ciudano presidente que llevara uno de nuestros apellidos, que no á una majestad cuyo apelativo nunca acierto á pronunciar. (*Con dignidad.*)

LOPEZ. ¿Cómo se llama usted? (*Buscando explicación à la franca ingenuidad del chambelan.*)

CHAMBEL. Pedro Cuantli. (*Con orgullo de raza.*)

LOPEZ. Pues no sea usted tan franco, amigo Cuantli, porque esa franqueza pudiera m y bien costarle el emplea que desempeña.

CHAMBEL. Creo que el señor coronel no abusará de la confianza con que he hablado.

LOPEZ. Esté usted seguro de ello. (*Levantándose.*) Pase usted á la secretaría y anúncieme al Emperador. (*El Chambelán va hacia la puerta derecha, y al levantar el portier se supone que*

MAXIMILIANO

— ó —

EL DESENLACE DE UN IMPERIO

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA ORIGINAL

—DE—

Segismundo Cervi

Representada por primera vez,
con extraordinario éxito, en el Teatro Nacional de México la
noche del Jueves 2 de Marzo de 1887.



MEXICO
TIP. EL FENIX, CALLE DE LEON NUM. 1.
1906

LOPEZ. do hecho prisioneros á los generales Arteaga y Salazar; á los coroneles Díaz y Villagòmez, y al comandante González. Anuncia su salida con ellos para Uruapan. (1) Cinco valientes, tenaces enemigos del Imperio. (*Leyendo la otra carta.*) «Señor, me apresuro á poner en el alto conocimiento de Vuestra Majestad Ilustrísima que, cumpliendo con lo prevenido en el decreto de 3 de Octubre (12) los prisioneros Artoaga, Salazar, Villagómez, Diaz y González, han sido fusilados á las cinco de la mañana de hoy 21 de Octubre de 1865. Soy de Vuestra Majestad... Ramón Méndez.» (13). (*Pausa.*) Más fusilamientos... Oh! Mi corona flota difícilmenre sobre un lago de sangre cuyo tibio vapor me asfixia. ¡Hora fatal, Dios mío, fué aquella en que señalaste mi nacimientc! ¿Por qué á tan elevada cuna me elevaste, si juguete nacía de envidias y pérfidos engaños? (14)

ESCENA IV

DICHO y CARLOTA, que sale por primera izquierda.

CARL. Fernando!

MAX. Oh! Carlota! (*Levantándose.*)

CARL. ¿Qué tienes, Fernando? Veo retratado en tu rostro el pesar. ¿Acaso te preocupan nuevas contrariedades?

MAX. Contrariedades, no. Preocupame en el momento un triunfo. Mira. (*Dándole la carta.*) Ha sido tomada Santa Ana por el coronel Méndez.

CARL. Santa Ana...

MAX. Sí; una población más y cinco enemigos menos. Lee.

CARL. (*Leyendo y devolviéndole la carta.*) Arteaga, Salazar y tres oficiales más han sufrido los efectos del decreto de 3 de Octubre.

MAX. Sí. Cinco asesinatos más.

CARL. ¿Y no concibes la esperanza de un completo triunfo con tan halagüeñas nuevas?

MAX. Esa esperanza sería ilusoria. En breve Napoleón retirará sus tropas. y entonces, ¿cómo sostener este Imperio, que equilibrarse no puede auxiliado por miles de bayonetas extranjeras? Solos quedaremos, y sobre nosotros empezarán los odios que engendraron los abusos de la soldadesca.

CARL. Napoleón es un infame.

MAX. Si solo con sus perfidias tuviéramos que luchar, armas poderosas podríamos oponerle; pero ¿cómo luchar con el Vaticano?

CARL. Tantas promesas, ¿qué se hicieron?

MAX. ¡Cuán fácil les fué sorprender nuestra buena fé! Instrumentos hemos sido del Gabinete de las Tullerías, que emplear quiso Napoleón para obtener sumas cuantiosas, y que hoy rompe porque no contesta á sus deseos.

CARL. ¿Y habremos de sucumbir sin luchar?. No!... Fuera vergonzoso confesarnos vencidos, sin apurar los recursos de la defensa, ¿Cómo arrostrar los dardos del ridículo de la Europa entera, cuyas miradas están fijas en nosotros? Ahi van—han de decir los Emperadores de comedia; acabado su papel, abandonan la corona de perspectiva, formada de oropel, y vedlos tranquilos y dispuestos á esperar que en otra nueva farsa les destine el héroe del dos de Diciembre igual lugar que el que han ocupado en el drama mexicano. Ahí va la cándida pareja, los soñadores, á

habitar otra vez el solitario castillo de Miramar. (*Cambiando de tono.*) Oh! No será. Si sus juguetes fuimos, hagámosles comprender que juguetes de bronce hay que rebeldes se resisten á la destructora mano del niño que gozar pretende con hacerlos fracmentos.

MAX. Carlota, me admira tu valor.

CARL. Conforme quedaré si, á impulsos de la opinión de los hijos de México, se hunde nuestro Imperio: pero nunca podré tolerar en silencio la burla del gran farsante de la política universal.

MAX. Si el valor me faltase alguna vez, lo recobraria al oirte. Como tú, estoy dispuesto á arrostrarlo todo; águila he de ser que, al extender las alas en tranquilo vuelo, cobige á todo el país que hoy nos sustenta, ó martir de mi causa.

CARL. Así te admiro. Es la couducta que seguir debe un Habsburgo, si honrar quiere su apellido.

CHAMBEL. El secretario particular de Su Majestad.

MAX. Que pase. (*A Carlota.*) Le he mandado á la secretaria de Estado para inquirir en definitiva las intenciones del barón de Seyllard y á darme quenta ha de venir.

CARL. Recibele, en tanto que yo también voy á dar órdenes que coadyuven á nuestro propósito. Adiós, Fernando. (*Vase, conducida por su esposo, por la primera derecha. El Secretario aparece en el fondo y baja á una seña de Maximiliano, colocándose entre la mesa y el balcón. Trae la gran cartera con papeles y periódicos.*)

ESCENA V

MAXIMILIANO y SECRETARIO PARTICULAR.

MAX. ¿Logró usted averiguar?...

SECRET. El comandante Loiset (16), del gabinete militar de Vuestra Majestad, ha hecho que se me proporcionen todos los datos, y... señor, tan absurdas pretensiones, y expuestas con tal cinismo, jamás se han oido.

MAX. Veamos los deseos del César francés.

SECRET. (*Consultando notas que trae en la cartera.*) El barón de Seyllard anuncia, primero: El embarque del ejército francés en tres secciones, de las que la última lo efectuará durante todo el mes de Marzo del año próximo. (17)

MAX. Siga usted.

SECRET. Exige que antes de esta fecha se haga efectivo todo lo que, dice, se le adeuda á la Francia. (*Estudiando en la fisonomia del Archiduque el efecto que producen las noticias, dejando ver su propia indignación.*)

MAX. ¿Qué, no es bastante haberse apoderado de los empréstitos de Paris y Miramar?

SECRET. (*Satisfecho por la indignación de Maximiliano*) Si el Imperio mexicano no tiene fondos, el emperador Napoleón recibirá, como equivalente de las sumas, una cantidad de terrenos de los muchos que incultos tiene el pais. La Sonora, por ejemplo (19). (*Recalcando mucho estas palabras.*)

MAX. (*Exaltado.*) ¿Desmembrar el territorio de la nación? ¡Nunca, Mientras mis hombros noten el peso de mi cabeza! Todos los tesoros de la

Francia, sus soldados y su industria, juntos, no bastan á pagar una pulgada de suelo mexicano. (*Pausa larga.*)

SECRET. (*Ayudándole á exaltarse.*) El señor barón de Seyllard anenaza con apoderarse de todas las aduanas marítimas.

MAX. (*Interrumpiéndole.*) Para cuyo efecto se servirá de las bayonetas de su señor... Pero en breve tendremos elementos para contrarrestar la fuerza con la fuerza. No han de tardar en organizarse los batallones de voluntarios austriacos, que vienen en nuestro auxilio; y unidos estos con las tropas nacionales, dique hemos de oponer á tan absurdos planes.

SECRET. Si Vuestra Majestad desea ver los últimos despachos de Su Excelencia el Sr. Almonte, su ministro en París...

MAX. Sí. Veremos qué nuevas noticias vienen á agravar nuestra situación, de suyo tan penosa. (*El Secretario saca de la cartera un periódico que da á Maximiliano, indicándo el sitio donde ha de leer, marcado con lápiz rojo*). «Octubre, 11... Mister Mostley, ministro de los Estados Unidos en Viena, ha pedido sus pasaportes, para el caso de que los voluntarios austriacos lleguen á embarcarse en Noviembre. El emperador Francisco José ha hecho suspender el alistamiento, despues de prometer que los voluntarios no llegarán á reunirse.» También mi hermano me abadona Francia y Austria se humillan vergonzosamente á los Estados Unidos .. ¡Cuán prontas estuvieron las naciones á unirse en son de guerra, para venir á atacar á México, escaso de recursos, de habitantes y aniquilado por sus guerras intestinas, y qué tardías y medrosas para arrostrar las amenazas de Norte América (23).

SECRET. Señor, bastamos los mexicanos para arrostrar las iras de ese coloso del Norte. No ha muchos años que con su sangre regaron los campos nuestros y los machetes de nuestros indígenas aún están tintos de sangre yankee (24). Si ahora despojan de sus plumas á la real ave que ostenta su enseña, y toman la forma de la serpiente para argollarse á nuestros cuellos, recordémosles, por si lo han olvidado, que al águila mexicana, bástale apoyarse en un nopal (25) para devorar á la culebra.

MAX. (*Huyendo la discusión.*) Hombre á hombre y cuerpo á cuerpo, seguro estoy de qu nuestro fuera el triunfo. Pero México está debilitado, fáltanle armas y pertrechos de guerra, y aunque sobran arrojo y bravura, acaso nos tocara la peor parte en la lucha.

SECRET. (*Insistiendo.*) Señor...

MAX. Meditaré un medio que conteste á los males del momento. Espéreme usted en la secretaría, que no he de tardar en seguirle.

SECRET. Tendrá valor, pero le falta resolución. No sabe jugarse el todo por el todo. (*Vase primera derecha.*)

ESCENA VI

MAXIMILIANO. Después CARLOTA por la derecha.

Ya estoy solo, y sin testigos puedo dejar á mi alma hablar y destapar la úlcera que me destroza el corazón. Engañado por unos, vendido por otros, por todos explotado, es imposible resistir. Si tan importante es para

las coronas europeas la existencia de una m narquía en este país, ¿cómo no vienen los que importaron la planta á preservar el arbusto de los huracanes que amenazan destruirlo? Tímidos y medrosos, todos, conviértense en nuevos Pilatos, sin poder estribar su conducta en la razón del que sirvió á Tiberio. Falto de fuerzas el general romano, sostener supo, á costa del sacrificio de un justo, la conquista que á su cuidado estaba; sobrados éstos de poder, abandonan su propia obra, incompleta, alzada sin cimientos; y al par que débiles, envidiosos, todos pretenden eludir la responsabilidad contraida con sus hechos por los menos, con su silencio y aparente indiferencia por los más. El Papa, negando las promesas que me hiciera, al bendecir mi imperio, nulifica en mi conciencia la infalibilidad y me declara esa guerra del confesionario en la que nunca puedo ver á mi enemigo, que tupida sombra envuelve. (26) Napoleón... Ese vil polichinela que cubre su infame rostro con la careta de la comedia, mientras oculta en sus manos el puñal del drama y la envenenada copa de la tragedia; cobijado en el regio ropón que embellecieron las glorias de su tío, eparte á su antojo elementos que derraman preciosa sangre en todos los continentes, haciendo al mundo teatro en el que se representa perpetua tragedia, frenéticamente aplaudida por los franceses, sin darse cuenta de que al ruido de ese aplauso se afirma su opresor. Napoleón me desprecia, porque ya su pueblo murmura y duélese de la sangre que estérilmente se le roba. ¡Mi hermano!... Para él fuí siempre valladar á su engrandecimiento. Asegurado en su trono por nuestro pacto de

familia (27), poco importarle puede ya mi suerte. (*Pausa.*) Todos me dejan... Todos me huyen como al paria. ¡Ay! Qué escasas son mis fuerzas para sostener esta monarquía, anémica desde su cuna, combatida por pletórica, liberal república. (*Se levanta, y aparece Carlota detrás del portier de la primera izquierda, observando todos los movimientos de su esposo. Se sienta éste, y al sacar de su bolsillo el pliego en que se halla escrita su abdicación, sale Carlota, colocándose detrás del sillón en que está Maximiliano. Al poner éste la pluma sobre el papel, aquélla, que ha leido el documento, pone el brazo sobre el hombro de su esposo, y sugeta la pluma, que queda en su poder, impidiendo que firme.* 28) No más vacilación. No por más tiempo he de ser arma esgrimida por ajenas ambiciones. Llegue hasta Europa el ambiente de libertad que se respira en estas montañas, y seque con su soplo en buena hora todas las testas coronadas... ¡Yo también quiero ser libre!... (*Saca el pliego del bolsillo y lo extiende sobre la mesa.*) Mi abdicación ha de darme esa independencia que necesito. Firmémosla ya de una vez. (*Carlota le detiene.*) ¡Carlota!

CARL. ¿Qué vas á hacer? Voluntariamente te sentencias á una vida de ignominia, y no tiembla tu mano al firmar?

MAX. (*Recogiendo el pliego y levantándose.*) Mayor vergüenza nos procuro al sostener una lucha desesperada, cuyo desenlace no ha de sernos más propicio que el presente.

CARL. Pero habremos combatido hasta el fin, sin revelar cobardía; y si llega el caso del martirio, de él se alzará nuestra gloria.

MAX. No es cobardia lo que siento ni el temor de perder mi propia vida; espántame, Carlota,

tanta sangre derramada y la que tiene que brotar del decreto de 3 de Octubre.

CARL. No hemos sido nosotros los que ese derramamiento de sangre han procurado, y aun vinimos á México para evitarlo (30). Y aún no está toda perdido. Busquemos apoyo en el partido conservadar, del que nos habíamos alejado. Yo he hecho llamar á sus jefes y en breve estarán aquí. Yo marcharé á Europa; veré á Su Santidad, hablaré con Napoleón, y si no cambia de conducta, ante el mundo entero le arrojaré al rostro la historia de sus pérfidas maquinaciones, y en la Columna Vendome fijaré el cartel de su ignominia. Dificil le ha de ser á ese advenedizo soportar las miradas de la hija de Leopoldo I de Bélgica. Rompe ese pliego que habla de abdicación. Consulta las opiniones de Miramón y de Mexia, valientes son y expertos generales; sus ideas políticas se basan en profundas convicciones y no nos han de abandonar.

MAX. Carlota, no quiero contrariarte; pero triste presentiminnto...

CHAMBEL. (*Por el foro.*) Las excelentísimos señores generales Miramón y Mexia.

CARL. Que pasen. (*A Fernando.*) Estos son leales y no han de rehusarnos su apoyo.

ESCENA VII

DICHOS, don TOMAS MEXIA y don MIGUEL MIRAMON, Visten de uniforme.

MIR. Salud á mis emperadores.

MAX. Adelante, señores.

MEX. Estoy á las órdenes de vuestras majestades. (*Formas vulgares.*)

MAX. No es simplemente para comunicar á ustedes órdenes para lo que la emperatriz les ha hecho llamar; sino para inquirir sus opiniones en materias delicadas. Siéntense ustedes, porque es algo así como un consejo lo que vamos á celebrar.

MIR. Nos honra vuestra majestad. (*Se sientan, y al lado de Maximiliano su esposa.*)

MAX. Trátase de aclarar la situación del Imperio, y de sumar después las probabilidades que, en favor de su afianzamiento, para que, obtenido el resultado, fijemos la linea de nuestra conducta.

MIR. Prudente determinación.

MEX. Muy oportuna.

CARL. Nunca hemos dudado de la adhesión de ustedes hacia nosotros, y así, queremos, antes de consultar al ministerio, saber la opinión de ustedes en las actuales circustancias.

MEX. He de expresar sinceramente mis juicios.

MIR. Hago igual solemne promesa.

MAX. Explicar debo á ustedes las últimas ocurrencias. El barón de Seyllar, enviado del gobierno de las Tullerías, anuncia la retirada de las tropas expedicionarias en tres secciones: la última de éstas abandanará el pais por todo Marzo del 67. Antes de que esto suceda, quiere que Francia haya cobrado lo que, dice, se le adeuda. (*Movimiento de contrariedad en los generales.*) Si México no tiene fondos para los pagos, pretende que se le haga cesión de la Sonora. (*Indignación en aquéllos*) Y en última caso, indica una intervención en las aduanas marítimas. (*Los generales se impacientan, por lo que Carlota se*

siente satisfecha.) Por otra parte, las tropas republicanas ocupan ya la mitad del territorio. El gobierno de Wasgington ha hecho que su ministro en Viena pida los pasaportes para el caso de que el gobierno austriaco permita la salida de los voluntarios que en refuerzo nuestro debian venir. Los Estados Unidos reconocen la Republica bajo la presidencia de Juárez (33), asustando á Francia y á Austria. El Papa titubea en su conducta, y el Imperio mexicano en breve va á quedar reducido á sus propias fuerzas. He creído prudente la abdicación, pero la emperatriz la rechaza. Veamos, pues, lo que ustedes opinan, después de conocer la situación del Imperio.

MIR. (*Después de una pausa.*) Nada de cuanto acabais de decir, señor, debe intimidaros, y doy mi parabien á su majestad la emperatriz por haber influido en vuestro ánimo y evitado la abdicaciòn.

CARL. Acto de cobardía paréceme el de abdicar, y en las tempestades políticas, nunca la debilidad condujo á buen puesto á las monarquías.

MEX. Hecha la abdicación, mayores dificultades habian de surgir, al paso que hoy, tal y como están las cosas, en posición nos hallamos de contiuuar la guerra, y no sin probabilidades de éxito lisonjero.

MIR. Sabido que sea por el partido conservador que Mexia y yo hemos sido llamados por los emperadores, no han de faltarnos dinero ni elementos.

MAX. Pero... ¿y soldados?

MEX. En cuanto ponga yo un pie en la Sierra. tantos hombres reuniré, valientes y aguerridos, que baste su número á substituir con ventaja á cazadores de Africa y vincenes, turcos y

zuavos. Cada uno de mis indios, con una carabina y un puñado de maiz en el morral, vale por diez soldados de Bazaine en nuestros cerros (34).

CARL. ¿Será posible?

MIR. Los nombres de Mexia y Miramón, tan queridos de nuestros indígenas y respetados por el partido conservador, bastan para aniquilar á todos los republicanos.

CARL. Y si yo en Europa hago que Napoleón rectifique su política, subordinada hoy á los Estados Unidos, y que el Pontífice, en vista de nuestra conducta, nos dé su importantísimo apoyo...

MIR. Oh! Entonces el triunfo es nuestro, sin que haya duda.

MEX. Restitúyase al clero sus históricos derechos y prerrogativas, y... el padre Fischer lo afirma, solo sus amigos de Orizaba nos reunirán veinticinco millones de pesos (35).

MAX. ¿De modo que ustedes creen firmemente?....

MIR. Que el solo hecho de vacilar es punible.

MAX. (*Se levanta, imitándole todos.*) Pasemos á la secretaría; expediremos, primero, las órdenes para reunir al ministerio, que en consulta apoyará nuestros proyectos, y en el acto pasaremos á vias de hecho.

CHAMBEL. El señor coronel López.

MAX. Llega oportunamente. Que pase.

ESCENA VIII

DICHOS y el coronel LOPEZ, por el foro derecha.

LOPEZ. Señor...

MAX. Se pondrá usted de acuerdo con los generales Miramón y Mexia, que han de nombrar los jefes y fuerza de la escolta que han de acompañar á la emperatriz hasta dejarla á bordo en Veracruz (37).

LOPEZ. Es mi deber cumplir las órdenes de vuestra majestad.

MAX. Si os fuera posible hallar al padre Fischer...

LOPEZ. Precisamente, le he visto pasear por los corredores hace poco.

MAX. Dígale usted que le esperamos en la secretaría. ¿Vamos, señores? (*Da la mano á Carlota, y se van, seguidos de los generales.*)

ESCENA IX

LOPEZ solo, muy pensativo.

La emperatriz viaja... Los generales Miramón y Mexia, en consulta particular con la imperial pareja... se necesita al padre Fischer... El partido conservador entra en campaña... La política se embrolla... Fuera acertado ir preparando el terreno, por si este imperio se derrumbase. (*Vase por el foro*).

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Una saia en el convento de la *Cruz*, Querétaro. Puerta en el centro del foro. A la derecha, ventana con reja, en segundo término. Una puerta á la izquierda, varias sillas sencillas, mesa de escritorio sencilla también junto á la ventana. En el proscenio izquierda velador con planos de campaña y papeles. Ni un adorno en las paredes, que son blancas, como de celda. Son las ocho de la mañana.

ESCENA PRIMERA

MAXIMILIANO, MEXIA y MIRAMON, sentados alrrededor del velador; el primero ocupa el centro de la escena, Mexia el de su frente. Samlxaml sentado al escritorio, registra papeles y escribe.

MAX. Amigos mios. el estado de la plaza es más comprometido cada día; los víveres escasean de tal manera, que se dificulta el mantenimiento de las tropas; el vecindario está sin dinero y sin articulos de primera necesidad; nuestros hospitales no pueden contener tantos heridos como en ellos se hacen ingresar, y es preciso tomar una pronta resolución,

que ponga inmediato término á los males del momento.

MEX. En mi modo de ver, es preciso ensanchar, primero, y más tarde romper el cerco con que nos ciñen los republicanos, y ambas cosas antes de que el hambre haga imposible todo recurso.

MIR. Si logramos tomar la hacienda de Callejas y seguidamente la garita de México (1), se ensancharia nuestra linea, el enemigo quedaba más lejos de la plaza y nuestras columnas operando en los llanos que se extienden detrás de esas posiciones, colócanse en mejor situación de romper el cerco, más debil aún cuanto mas grande, sobre todo si nos vemos reforzados por la llegada del general Márquez (2).

MAX. El general Márquez ha tenido sobrado tiempo para reunir en la capital suficientes fuerzas y atacar al enemigo por la retaguardia. Cuando no lo ha hecho, causas quizá superiores á su voluntad, é imposibles de apreciar por los que nada del exterior sabemos, se lo han de impedir. No contemos, pues, para no ver defraudadas nuestras esperanzas, con más elementos que los que á la vista tenemos. Supuesta la ruptura del cerco, ¿adónde nos dirigimos?

MEX. A Sierra Gorda: alli soy el rey, y todos los ejércitos del mundo no serían bastantes para perseguirnos.

MAX. Pongamos en obra el proyecto. ¿Quién mandará las tropas que han de salir á tomar la hacienda y la Garita?

MIR. Necesitase un jefe de extrema decisión para esta salida.

MAX. ¿No es apropósito para el caso el joven coronel Rodríguez?

MIR. Créole el mejor.

MAX. (*A Miramón.*) Usted señalará las fuerzas de infantería que han de seguir á Rodríguez. (*A Mexía.*) Usted designará las de caballería y ambos se pondrán de acuerdo con el general Arellano, para que los fuegos de artillería protejan el movimiento.

MIR. Con los Cazadores franco-mexicanos, el tercero de línea y un destacamento de Ingenieros, hay bastante.

MEX. Esos batallones están muy debilitados por las bajas que vienen sufriendo (4).

MIR. Más que la fuerza numérica importa aqui la decisión.

MEX. No olvide usted, compañero, esa alocución tan vulgar entre los de mi raza: «Mientras más amarrado, más seguro.» (5)

MAX. No es bueno fiarlo todo al valor. (*Sin dejar que le interrumpan.*) ¿Cuándo ha de verificarse la salida?

MIR. ¿Cuándo? Ahora mismo. Sorpresa es esta para el ejército sitiador. Con ánimo de batir en brecha la hacienda de Callejas, levantaron ayer los ingenieros algunas obras frente á San Francisquito (6), y aun colocaron una batería. Esto nos favorece. Bueno es que esté preparado el equipaje de vuestra majestad, por si un ocaso inesperado nos pone en condiciones de evacuar la plaza; ¿quién sabe á dónde pueden conducirnos los ataques que proyectamos?

SAML. Su majestad tiene dadas las órdenes oportunas. (*Todos se levantan.*)

MIR. Pues en marcha, y que Dios vaya conmigo, señor.

MEX. Dios vaya con nosotros, compañero; no sea usted egoista, pidiendo la compañía de Dios para usted solo.

MAX. Dios nos proteja á todos. (*Vanse todos por el foró derecha.*)

ESCENA II

MAXIMILIANO y el PRINCIPE DE SAMLSAML.

MAX. **Saml, nuestra situación empeora de día en día. Salí de México para ponerme al frente del ejército, creyendo posible rehacer las fuerzas imperiales y en una accićn decisiva poner término á las dudas; pero fué imposible. El enemigo no se ha colocado nunca en situación para nna gran batalla. Nos hemos encerrado en Querétaro, y esperando á que Márquez llegue con refuerzos y dar un ataque combinado, hemos perdido días que han reducido todos nuestros elementos. Los fondos que de Orizaba se me ofrecieron no pasaron de cferta (7), los víveres que nos quedan en la ciudad no alcanzan á cubrir las necesidades de una sola semana; imposible es imponer nuevas cargas á los habitantes de Querétaro; sobre ellos pesamos desde el principio del sitio, y ya hemos tenido que acudir á censurables violencias para procurarnos lo que hoy nos sostiene (8). ¿Qué hacer en semejante situación?**

SAML. **Posible es, señor, que dentro de pocos momentos cambien todas las cosas. Esta salida que se va á hacer puede abrirnos paso hasta Sierra Gorda, y una vez allí...**

MAX. **Esta salida solo una esperanza fallida puede darnos por resultado.**

SAML. ¿Dudais del coronel Rodríguez?

MAX. No, Saml, no dudo. El jovén coronel Rodríguez es pundonoroso y valiente como casi todos los soldados del país y tarde veo todo el partido que se hubiera podido sacar de las tropas nacionales, á no haberlas tenido en tan punible abandono (9). ¿Dudar del coronel? De su arrojo temerario lo espero todo; pero los republicanos tienen tiradores certeros, que ponen el plomo en el punto que toman por blanco, y mucho temo que ese mismo valor del coronel venga á ser la causa...

SAML. ¿Os tornais fatalista, señor?

MAX. Y aun suponiendo que dentro de una sola hora rompamos el cerro y más tarde alcancemos la Sierra Gorda, ¿qué es lo que vamos á hacer allí? No desconfío de Mexia; hombre es que no sabe mentir, piensa con el corazón más que con la mente, y su bravura alcanza á todo. Pero... ¿de qué nos ha de servir esa misma bravura? ¿Habré de prolongar la guerra, siempre oculto en esta montaña, para ser emperador de una sierra?

SAML. ¿Quién sabe si desde allí?...

MAX. Esperanzas y siempre esperanzas, que unas tras otras en serie interminable se desvanecen unas tras otras, como el humo en el espacio. Por ellas creí era emperador de México, cuando en realidad no lo he sido más que de aquellas poblaciones en que presión ejercian las asalariadas bayonetas de Bazaine (10). Por esas esperanzas creí también que Juárez habia abandonado el territorio mexicano, y juzgando por ello que las partidas y bandas que, armadas contra mi gobierno, quedaban vagando dentro de los límites de las fronteras, ya no tenian razón ni apariencia que pudiera autorizarlas, dí el

decreto de 3 de Octubre, decreto que hoy oprime mi alma, como si pesada mole de granito gravitara sobre ella. En mal hora y siempre atendiendo á esperanzas, acepté en Orizaba el parecer de aquellos que me resolvieron á detener mi viaje á Europa. (*Se oye á lo lejos el toque de ataque de las cornetas, junto con el estampido del cañón y la fusilería, simulando la acción de la hacienda de Calleja y la Garita de México, siguiendo el ruido hasta que Saml Saml hace de ello referencia, en que va disminuyendo poco á poco.*) Si á cabo hubiera llevado mi pensamiento, tal vez Carlota no estaria loca en Miramar ni yo expuesto... (12

SAML. Los fuegos han empezado, esperemos, y aunque en nada alivie la posición de vuestra majestad mi adhesión, prometo no abandonaros, señor, ni en el último trance.

ESCENA III

DICHOS y el coronel LOPEZ, por el foro derecha.

MAX. ¿Qué ocurre, coronel?

LOPEZ. El coronel Rodriguez cayó sobre la hacienda de Callejas, marcha hacia la Garita, y se cree que en breve ha de tomarla.

MAX. Cuide usted de que mi equipaje esté preparado, por si llega el momento de marchar.

LOPEZ. Preparado lo tiene el señor Tudor (13), y las mulas esperan para recibir la carga.

MAX. (*Bajo al príncipe.*) Saml, ¿puso usted mi abdicación en manos seguras?

SAML. Si señor. Está en poder del señor Aguirre,

el honrado ministro de Instrucción pública.

MAX. Posible es mi muerte en los azares de la guerra, y quiero, si es que me alcanza, dejarlo todo previsto. (*Se oye un fuerte tumulto por la derecha.*) ¿Qué voces son esas, coronel? Vea usted qué pasa. (*Vase López. El príncipe se asoma á la ventana.*)

SAML. Allá, cerca de un parapeto, se amontonan soldados y pueblo.

MAX. ¿Acaso el enemigo?

SAML. No, porque no hacen fuego; nada indica que pueda ser un asalto. Allí hay algunos jefes. ¿Y ellos no bastan á sofocar el desorden, siempre inconveniente en una plaza sitiada, ó acaso son los que lo provocan? (*Entra el coronel López.*) ¿Que ocurre, coronel?

LÓPEZ. Para castigar á un almacenista que se niega á entregar el maiz que tiene en su bodega, le han puesto de blanco para el enemigo en una trinchera.

MAX. Ah! Inaudita crueldad. Corramos. (*Vase por el fondo, seguido del príncipe*).

ESCENA IV

LOPEZ. Después una india, rica por las trazas, pero muy ranchera, según voz vulgar en México, para significar muy campesina.

Vé, Maximiliano, á impedir ese castigo. Si á medios semejantes no se hubiera apelado, cuánto ha que los que vestimos el uniforme del imperio nos hubiéramos muerto de hambre. (*Pausa.*) Mal va nuestra causa. Si Rodríguez no rompe el cerco, no sé qué va á á ser de nosotros. Y si el enemigo logra en-

trar en la plaza por asalto, yo he de ser de los que peor suerte alcancen. Ese cariño que públicamente me ha significado el emperador, aun antes de ser padrino de bautismo de mi hijo, se ha de volver en mi daño el día que llegue á hundirse el imperio. Me veré odiado por los republicanos, que por traidor á la patria me tendrán, así como estoy odiado por los mismos imperialistas, que por el hecho de oponerse á mi ascenso á general á las claras muestran su envidia por los favores que disfruto. Oh! Bien dicen que es el rey como la lumbre, que da calor desde lejos, y el que la toca se quema. (*Se vuelve á oir el toque de retirada de las tropas*) Las cornetas tocan retirada. Malo!... Rodriguez no logró su objeto. Peor para nosotros. Pero es extraño! Después de haber tomado tan fácilmente la hacienda retirarse ahora? Como no sea una extrategema...

INDIA. (*Dentro.*) Quero hablar al señor don imperador...

UN OFIC. No puede ser; su majestad no está en la Cruz en este momento.

INDIA. A mí no me engaña usted.

LOPEZ. ¿Qué es eso?

INDIA. Que quiero hablar al señor don imperador, porque le interesa.

LOPEZ. Capitán, déjela usted pasar.

ESCENA V

El Coronel LOPEZ, la INDIA por foro. Luego MAXIMILIANO

INDIA. (*Entra muy resuelta, mirando á todas partes*

con desconfianza.) Buenos días.

LOPEZ. ¿Qué es lo que usted quiere, buena mujer?

INDIA. Quiero hablar en secreto con el señor Maximiliano.

LOPEZ. Hace poco que salió y...

INDIA. Pues aquí le espero hasta que vuelva. *(Se sienta á la derecha.)*

LOPEZ. Si usted quiere, dígame qué asunto la trae con tanto empeño, que yo procuraré hacérselo saber al emperador, tan pronto como llegue.

INDIA. *(Con desconfianza.)* ¡Qué capaz! He de decírselo yo á él mismo, porque es al que más le interesa; y yo á él es al que quiero guardarle la vida. De los demás nada mé importa, porque todos son unos bribones.

MAX. *(En el fondo.)* Una esperanza menos y una realidad más.

LOPEZ. *(A la India.)* El emperador. *(A Maximiliano, mostrándole la India.)* Señor...

MAX. ¿Qué quiere esta señora?

INDIA. Hablar con usted, señor Maximiliano.

MAX. Puede usted decir lo que quiera.

INDIA. Sí; pero tenemos de estar solos.

LOPEZ. Señor...

MAX. Sí; déjenos usted solos. *(Vase López.)*

ESCENA VI

MAXIMILIANO y la INDIA

INDIA. *(Con resolución.)* Señor, no se fíe usted de ninguno, porque el que más y el que menos, todos están deseando que esto se acabe lo antes posible.

MAX. (*Con extrañeza.*) ¿Pero usted...? ¿Qué interés tiene...?

INDIA. Señor; hace dos años que mi hijo estaba en México, y un dia se pelió con un soldado de esos gringos (18), porque como no los queremos...

MAX. (*Con interés.*) Diga usted.

INDIA. Le dió un machetazo y creo que lo despachó. Se lo tomaron preso, y lo iban á afusilar. El me mandó una carta, y me escrebió que el señor imperador le hubiera perdonao la vida y que con cuatro años en San Juan de Ulúa (20) pagaria. Yo he estao ya muchas veces á verle y siempre me ha dicho que si no fuera por el imperador que ya lo hubieran matao.

MAX. Y bien... (*Impaciente.*)

INDIA. Pos bien. Yo soy mexicana. (*Golpeándose el pecho.*) India purita. Y como entre los mexicanos no hay denguno ingrato, yo vengo á pagarle á uste aquel favor.

MAX. (*Sin comprender.*) Señora...

INDIA. Yo sé, señor, no porque me lo han dicho, sino porque lo sé, que hay quien quiere entregar á su mercé; y como dicen que si los republicanos agarran á su ilustrísima lo truenan, (21), yo vengo... pues... vengo á decirle á su mercé que se cuide de tanto pillo.

MAX. (*Con cierta expansión.*) ¿Luego usté es partidaria de mi gobierno?

INDIA. Qué capaz! Mire usté, su mercé. A mi no me gustan esos mandos y esos despotismos. Yo no quiero que dengún extranjero venga aquí á mandar ni á hacerse gente, ni á quitarnos nuestras tierras (22). Que se vayan allá á sus pueblos á comerse su pan de trigo, que aquí no más abemos comer tortillas con chile; pero tenemos bastante y semos

libres, porque esta no es tierra de esclavos.

MAX. Pero en ese caso, ¿cómo dice usted que viene á salvarme, si yo soy la personificación del imperio?

INDIA. Yo no entiendo de esas encelencias. Yo sé que un sargento que se llama Mattis Dalmastad (24) le ha enviado una carta al general Escobedo, y quiere entregar la plaza y marcharse pa su tierra, él y como treinta de sus compañeros. A mi nada me importa que entreguen el pueblo. ¡Qué capaz! Cuando estamos desiando que entren los republicanos pa perder de vista á tantos soldados que nos han dejado sin maiz. (25). Lo que yo no quiero es que maten á su mercé, don imperador, porque su ilustrísima salvò la vida á mi hijo, y porque con esto te pago que no lo haigan fusilao; y ya está alvertido su mercé... y no se fie de tanto pillo. Escóndase su mercé, y cuando pueda, váyase pa su tierra, que le irá mejor... Y adiós, don imperador, que yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. (*Vase foro.*)

ESCENA VII

MAXIMILIANO. Luego el coronel DOPEZ.

MAX. Lucho inútilmente. El cielo y la tierra se revuelven contra mí. Siempre vendido ó engañado. Oh! el pueblo habla con el alma. Cuánta verdad y cuánta grandeza en la ruda sinceridad de esa mujer! (*Suena el timbre*).

LÓPEZ. Señor...

MAX. Coronel: ya no hay esperanza. Dentro de la

plaza fermenta la traición. El coronel Rodríguez cayó muerto ó herido, y su tropa se bate en difícil, descompuesta retirada, para encerrarse de nuevo detrás de los muros.

LOPEZ. Si vuestra majestad lo permite, corro á ponerme al frente de esos soldados, y quizá logre...

MAX. No; se sacrificaria usted inútilmente. Antes prefiero encargar á usted más difícil comisión. Es preciso que esta misma noche busque usted modo de hablar con el general en jefe de las fuerzas sitiadoras.

LOPEZ. Con Escobedo? (*Aturdido*).

MAX. Sí. Dígale usted que me deje salir de Querétaro con mis servidores y una pequeña escolta que me acompañe hasta una playa en donde pueda embarcarme, y que le doy mi palabra de honor de que nunca más volveré á pisar el territorio mexicano (27).

LOPEZ. Pero señor... ¿lo habeis meditado bien? Vais á abandonar el imperio?

MAX. Sí, señor López. No hay ya salvación... y me siento debil para contemplar la sangre que se vierte. Tantas vidas que por mi corona se extinguen! Me promete usted ver á Escobedo esta misma noche?

LOPEZ. Si ese es vuestro deseo, cumpliré fielmente las órdenes que me deis; pero creo..

MAX. Coronel, ya todo es inútil.

SAML. (*Por el foro*). Señor, el desgraciado coronel Rodríguez...

MAX. (*Terminando la frase.*) Ha muerto víctima de su arrojo y lealtad. Lo esperaba.

ESCENA VIII

DICHOS, don TOMAS MEXIA y don MIGUEL MIRAMON, por el foro.

MIR. (*Seguido de Mexia.*) Señor, nuestro plan ha fracasado en el punto mismo de tocar el triunfo. Protegido por los acertados fuegos, fuegos de la artillería, Rodriguez, á caballo y al frente de su tropa, tomó la Hacienda de Callejas: sin detenerse avanzó sobre la Garita, y en el momento en que algunos soldados la asaltaban, una bala de rifle atravesó el corazón del valiente coronel (28), que sin exhalar un grito cayó á los pies de su caballo. Desmoralizados los soldados por la muerte de su jefe, dan lugar á la brusca acometida del enemigo, que en pocos momentos se apodera del terreno perdido, causándonos grandes bajas.

MAX. Y el cuerpo del coronel?

MIR. Gracias á la heróica conducta del soldado Domet (29), el cuerpo del malogrado Rodriguez está en la plaza.

MEX. Solo la muerte de Rodríguez pudo hacer fracasar esta salida, preparada tan de improviso.

MAX. A no pesar sobre nosotros la fatalidad, hubiéramos previsto este caso, y otro jefe hubiera reemplazado oportunamente al que ha muerto.

MEX. Como todavia no me ha matado ninguna bala, y siempre fuí de los que no huyen del fuego, no creí que muriera un valiente.

MAX. Señores, los momentos no pueden desperdiciarse. Reúnanse ustedes con el general Castillo, y de acuerdo los tres, formulen un informe del estado general de la plaza, visto el cual tomaremos una última resolución.

MEX. Desde ahora voy á decir á vuestra majestad mi última opinión, empezando por asegurarle que he abrazado desde su principio la causa del imperio, intimamente convencido de que solo la forma monárquica ha de dar paz á mi patria, matando las mil ambiciones que la destrozan; y como no soy de los que fácilmente enmiendan sus ideas, resuelto estoy á triunfar ó á morir á vuestro lado. Dicho esto, que juntamente con mi conducta, justifica mi sinceridad, paso á revelar mi juicio.—Si seguimos encerrados en el estrecho círculo de bayonetas que nos defiende, pronto hemos de ceder á las balas ó al hambre: solo hay un medio de evitar este triste fin. Preparemos las tropas de todas armas que nos quedan y lancémonos como torrente sobre un punto del cerco que nos sitia; muchos han de morir de una y otra parte, pero la ruptura del cerco es indudable. Los que salgamos debemos marchar á Sierra Gorda, según ya he tenido el honor de indicarle á vuestra majestad, y una vez allí, extenso campo de operaciones hemos de tener y espacio para deliberar, sin la presión que aquí nos ahoga.

MAX. No desdeño ese plan, y queda aplazada su resolución hasta oír los juicios de Miramón y Castillo. Entre tanto, y por si el enemigo, alentado con su último triunfo intenta caer sobre la plaza, visitemos las defensas de ésta para precaver una sorpresa.

MIR. Deje vuestra majestad sobre mí ese cuidado.

MAX. No desconfío de la aptitud de ustedes, es que me consume la inacción y agrava mi enfermedad, y de este modo he de hacer las horas más cortas.

MIR. Sea como vuestra majestad lo quiere.

MAX. Vamos. (*Vanse todos por el foro.*)

ESCENA IX

El coronel LOPEZ, muy pensativo.

Miramon y Mexia dudan positivamente de poder sostener la plaza y librarla del sitio. ¿Qué va á ser de nosotros? Por una parte el odio que se nos tiene en la población, á causa de las tropelías que hemos cometido con sus vecinos, para procurarnos dinero y víveres; tropelías cuya mayor parte ignora el emperador; por otra, el ejército republicano, ese enjambre de foragidos (31) sin disciplina, ley ni Dios... entran en la ciudad á sangre y fuego... Lo único que podría salvarnos sería la entereza de Maximiliano, pero con esto no hay que contar. Desde que se embarcaron los austriacos y belgas, el emperador está desalentado. (*Pausa.*) Esta noche he de ver al general Escobedo... Si accede y el de Hapsburgo huye... expuestos quedamos... Si se queda y nos asaltan, estamos perdidos.... Si yo hallara un medio de salvar mi individuo en esta lucha... (*Queda meditando.*)

TELON LENTO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Sala pequeña en un rancho ó cortijo en el campo republicano. En primer término derecha puerta. Ventana cerrada en el fondo. Mesa de campaña con armario de cargar á lomos de acémilas, papeles, planos, pequeña botellita con tinta, plumas de acero. Tres sillas de tijera. Sobre la mesa candelero con vela encendida.

ESCENA PRIMERA

CAPITAN 1.o republicano y el coronel LOPEZ. Ambos por la derecha.

CAP. 1.o Pase usted, señor López. El general me encarga diga á usted que le espere algunos momentos en esta pieza (1), que le sirve como una de las muchas tiendas de campaña que tiene alrrededor del cerco.

LOPEZ. Gracias, capitán.

CAP. 1.o He puesto de mi parte cuanto me ha sido posible para que logre esta entrevista, y mi cometido há terminado; y como el general no puede tardar, me retiro, para cumplir en todas sus partes las órdenes que he recibido.

LOPEZ. Parece que la ordenanza se cumple aqui con rigida puntualidad.

CAP. 1.o Procuramos ser soldados; al enemigo tócale apreciar si lo conseguimos. Hasta luego. (*Vase por la derecha.*)

LOPEZ. (*Deteniéndole.*) Capitán: terminada mi comisión cerca del general, posible es que tenga que hablar algo con usted.

CAP. 1.o Si, como espero, me toca conducir á usted hasta más allá de la línea de sitio, tiempo hemos de tener.

ESCENA II

El CORONEL LOPEZ.

Heme aqui solo en la tienda del general Escobedo. ¿Qué va á resultar de esta entrevista? Yo no sé qué hacer. El último informe que los generales Castillo, Miramon y Mexia han presentado al emperador mata todas las esperanzas de una probable defensa. Si Escobedo admite las proposiciones de Maximiliano, él se salvará; y si yo llego á ser contado entre el número de los servidores del emperador, podré escapar también; pero, ¿y el resto del ejército? Tanto valiente que ha expuesto su vida por defender lo que llamamos «la buena causa», ¿qué suerte correrán? ¡Me siento cobarde! ¡Espanto me da esta si-

tuación! No es el temor á la muerte el que me aturde... es el caos en que ya me miro envuelto y que mis sentidos no pueden aclarar. (*Pausa.*)

ESCOB. (*Dentro.*) ¿Dónde está el señor López?

CAP. 1.º Dentro de la tienda espera.

LOPEZ. Llegó el momento.

ESCENA III

LOPEZ y el general ESBOBEDO, por la derecha.

ESCOB. Buenas noches, don Miguel.

LOPEZ. Buenas noches, general.

ESCOB. Supongo que asuntos de entidad y largos de referir le traerán á usted á este sitio.

LOPEZ. Y de gran secreto también.

ESCOB. Pues tome usted asiento y empiece cuando guste, que dispuesto estoy á oirle con toda mi atención.

LOPEZ. ¿Está usted seguro de que no puede oirnos ningún indiscreto?

ESCOB. (*Se levanta y va hasta la puerta, figurando que habla al Capitán que se halla al exterior.*) Capitán: Separe usted los centinelas á cincuenta pasos, y que nadie, ni usted mismo, disminuya la distancia hasta que yo avise. (*Se sienta. A López.*) Puede usted hablar sin temor.

LOPEZ. Portador soy, general, de confidenciales proposiciones que su majestad quiere hacerle á usted.

ESCOB. Repito que puede usted hablar.

LOPEZ. Pero he de hacer notar que no han de traducirse por debilidad ni temor.

ESCOB. El tono de ellas han de decir lo que usted tal vez pretende ocultar.

LOPEZ. ¿De qué deduce usted?

ESCOB. Vengamos á lo importante, que el tiempo de que dispongo es escaso, y no es bien malgastarlo en inútiles preámbulos.

LOPEZ. (*Pausa larga.*) El emperador pretende evitar que se derrame más sangre, y en consecuencia propone á usted que le deje salir de Querétaro, con sus servidores y sin más que una pequeña escolta que le guie hasta un puerto cualquiera; donde pueda embarcarse, y promete, bajo palabra de honor, no volver á pensar en México ni en su corona imperial.

ESCOB. (*Después de una larga pausa.*) ¡Imposible!

LOPEZ. Cómo!...

ESCOB. El archiduque será mi prisionero dentro de poco tiempo.

LOPEZ. Puede que llegue á ser un hecho su prisión, pero para ello tendrá usted que dar el asalto, siendo posible que lo rechacemos; después, nuevas tentativas por una y otra parte, ocasionarán miles de víctimas en ambos ejércitos, y esto es lo que el emperador quiere impedir, para economizar el derramamiento de sangre.

ESCOB. Tarde piensa en esas economías el de Hapsburgo.

LOPEZ. Piense V., general, que es mexicana las tres cuartas partes de sangre que se vierte (2).

ESCOB. (*Exaltándose poco á poco.*) Sangre mexicana! Sangre preciosa que, al empapar el suelo de nuestros campos, senda resbaladiza ofrece á ese que, llamándose emperador, va hoy á sepultarse con su corona en las profundas simas de Anahuac (3). ¡Sangre mexicana cuyo vapor esparce en el ambiente el santo espíritu de libertad é independencia! ¡Pens‹-

ra en Miramar con más cordura el archiduque, y el tibio vapor de esa sangre derramada no abrasara hoy su conciencia! (4). Pensara con más cordura antes de firmar el despiadado decreto de 3 de Octubre, y hoy moviera á compasión su desgracia, aun á sus propios enemigos... ¡Sangre mexicana!... Quiere hoy economizar una gota, después de regarla á mares años enteros.

LOPEZ. No fué él quien la regó.

ESCOB. El, y solo él!...

LOPEZ. (*Con desaliento.*) Las circunstancias le obligaron... le arrastraron...

ESCOB. ¿Y quién le colocó en esas circunstancias? ¿No fué por desventura su propia voluntad? ¿Quién le obligó á aceptar esa ridícula corona imperial que nunca se ajustó bien á su cabeza? Las Hipotecas que pesaban sobre el Castillo de Miramar eran causa suficiente para venir á imponérsenos en las bayonetas de Napoleón III? (5) Torpe anduvo en imaginar que el fuego republicano que sustentaba nuestras almas había de apagarse á la presencia de un Archiduque de Austria! Pensó tal vez que el humo producido por los pueblos incendiados (6), habia de espantar á los patriotas del indio Juárez, como á bandada de tímidas avecillas?... Error profundo!

LOPEZ. ¡General!...

ESCOB. Déjeme usted concluir. Agólpase á mi mente en este instante el recuerdo de mis compañeros de armas, muertos unos en el campo de batalla, vilmente asesinados los más, sin haber cometido unos y otros más delito que amar á su patria, y justo es concederme un momento de espansión. ¡Hay tanta hiel en mi alma, que su amargura me arranca las lágrimas.

LOPEZ. Lágrimas! (*Admirado.*)

ESCOB. Lágrimas, sí; que no humilla el llanto al soldado. Lágrimas que no suben á los párpados porque las consume el fuego sagrado que inflama mi corazón Las palabras de usted y la proposición de ese... extranjero, me irritan aún más que su resistencia... ¡Pretende que le deje marchar, y aun será capaz de ofrecerme, en recompensa, algunos centenares de miles de pesos, que vengan á ser cebo que me arrastre á una traición! Oh!... No será... Vengada ha de quedar la muerte de mis compañeros.

LOPEZ. Comprenda usted que el emperador no puede ser responsable de ciertos hechos... Arbol es Maximiliano á cuya sombra se han cometido mil delitos que él ignora.

ESCOB. Tronchemos el tronco de ese arbol, y no dará sombra á más infamias.

LOPEZ. Al marcharse, deja logrado el objeto. El da palabra de no volver.

ESCOB. Los monarcas no tienen palabra ni honor... Eso que llaman razón de Estado les exime de sus compromisos, y en caso de juramento, nunca se niega la bondad de los pontifices á relevarles del cumplimiento. Mañana el archiduque se uniria con el conde de Flandes, y ambos vendrian, éste á crear un nuevo reino en Guatemala (7), y Maximiliano en pos del mitológico imperio mexicano.

LOPEZ. General: nos apartamos del verdadero punto de partida. ¿A qué recordar en este momento hechos que en nuestra voluntad no estuvo evitar? Tratabáse ahora de olvidar los errores del pasado, trayendo á la memoria, tan solo la aflictiva situación de ese triste Emperador.

ESCOB. De ese Archiduque. Señor López, sea usted

mexicano alguna vez. Emplea con facilidad la palabra «olvido» aquel que causó la herida, pero el que sufre el dolor no puede perder tan pronto la memoria.

LOPEZ. Pero...

ESCOB. Acabemos. No es asunto del momento el que usted propone, ni soy yo el que juzgar debe ahora la conducta de ese á quien usted llama emperador; otros son los que han de avalorar los hechos para proceder en consecuencia. Tócame respetar y cumplir las órdenes del legítimo gobierno de mi patria, al que sirvo con orgullo, y ellas me impiden complacer á usted. Sean cuales fueren los acontecimientos que se sucedan, me encontrarán en mi puesto. Aconseje usted al archiduque que procure no desviarse del que le corresponde.

LOPEZ. Señor Escobedo...

ESCOB. (*Se levanta, y dirigiéndose á la puerta dice:*) Capitán: Haga usted que los centinelas ocupen el sitio de costumbre.

LOPEZ. Permítame que suplique una vez más...

ESCOB. Los centinelas se aproximan ya; pueden oir lo que aquí se habla; no haga usted pública la debilidad del emperador.

LOPEZ. Oh! (*Aparte, con despecho.*)

ESCOB. Puede usted marchar cuando guste. Tan seguro como ha encontrado el paso al venir ha de hallarlo al volver.

LOPEZ. Gracias, señor general. (*Aparte, al pasar.*) El emperador perdió la partida. Vergüenza me da aclarar aquí mi pensamiento. Hablaré al capitán, y él me servirá de intermediario. (*Vase foro derecha*).

ESCENA IV

ESCOBEDO

Desde que López pasó, ha ido á sentarse en la misma silla que éste ocupó, cerca de la papelera de campaña. Con mucha pausa saca del bolsillo una gran cartera y de ella un periódico ó trozo de él, que figura contener todo el decreto de 3 de Octubre del 65. Lee los artículos 1 y 13, marcando cuanto posible sea que deja por leer otros muchos.

(*Leyendo*). «Todos los que perteneciendo á bandas ó reuniones armadas, que no estén legalmente autorizadas, proclamen ó no algún pretexto politico, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter ó denominación que ellos se den, serán juzgados militarmente por las leyes marciales (9); y si se declarase que son culpables, aunque sea solo del hecho de pertenecer á la banda, serán condenados á la pena capital, que se ejecutara dentro de las primeras veinticuatro horas después de pronunciada la sentencia.» (*Pausa.*) «Las sentencias de muerte que se pronuncien por delitos comprendidos en esta ley, serán ejecutadas dentro de los términos que ella dispone, quedanno prohibido dar curso á las solicitudes de indulto·—México 3 de Octubre de 1965 (10). (*Al público.*) Y aquí la firma de Maximiliano, no al frente de las de todos sus ministros. ¡Ley bárbara y horrible, digna tan solo de Tarquino y Apio Claudio! Ni aun estos tigres, con forma humana,

fueron tan crueles! Ellos nunca renunciaron al derecho de indulto, única prerrogativa agradable de las testas coronadas, y en esta ley el de Hapsburgo se despoja voluntariamente del derecho de perdonar. Semilla ha sido este decreto que, triste fruto de luto y lágrimas ha producido, y que, cambiado el ambiente de la fortuna, viene á envenenar al mismo que sobre la tierra mexicana la derramó. (*Cambiando de tono.*) Hora es ya de aprovechar los momentos. Desalentados están los de la plaza; algo pueden intentar, sin embargo, confiando en nuestra inacción... Si yo cayera sobre ellos esta noche como avalancha... (*Con resolución*). Manos á la obra. (*Levantándose.*) Voy á disponerlo todo, y á salir de una vez de las tinieblas de la duda. (*Vase, retiranse los muebles según convenga, cambiándose la decoración á la vista del público.*)

MUTACION

Cuadro Segundo

La huerta del convento de la Cruz en el mismo Querétaro. Al fondo una cerca aspillerada. A la derecha tapia elevada, hecha de adobes, con una puerta practicable lo más cerca posible del proscenio; en el ángulo de la cerca y la tapia una tronera de cañón sin pieza de artillería; un centinela pasea en el terraplén, al que se sube por una escalera mal formada de tierra apinada; esta escalera se extiende apoyada toda en la pared del fondo hacia el centro. En el proscenio, y al lado derecho, á la altura de la puerta de la tapia, hay un arbol frondoso, reforzada su pie con un acicate circular que sirve de asiento. A la izuierda, y todo lo alta que permita el proscenio por la mutación, la fachada interior del convento con una gran puerta, extendiéndose la pared hasta el fondo. Sigue siendo de noche.

ESCENA PRIMERA

MAXIMILIANO y el PRINCIPE DE SAMLSAML.

SAML. (*Saliendo del convento.*) No comprendo, señor, con qué objeto venimos á estas horas á la huerta del convento. ¿Por acaso teme vuestra majestad algún movimiento de las tropas que nos cercan?

MAX. No, Saml; no espero ninguna agresión. Otra es la causa que á este sitio me trae. El coronel López ha ido al campo enemigo con

secreta é importante misión, y aquí le he de ver á su regreso.

SAML. ¿López ha ido al campo enemigo?

MAX. Sí, á hablar con el general en jefe. Hasta saber el resultado, solo usted, López y yo, hemos de entender en esto. Saml, el último informe de los jefes de las tres armas no deja lugar á la duda; todo está perdido. Pudiera, como última esperanza, aventurar una salida, y roto el cerco refugiarme en Sierra Gorda, como dice Mexia; pero aunque lográramos alcanzar esa Sierra, ¿cuál habia de ser mi porvenir allí? Vivir encerrado en la espesura como fiera acorralada, respetado, á lo sumo, por un puñado de indios semisalvajes. Y ni allí fuera mi vida sosegada; pronto esos rebeldes Cravioto, (12) que valladar han sido á mi triunfo en la sierra de Puebla, irian á perseguirme y me acosáran hasta encerrarme en círculo de fuego. No; basta ya de alimentar ilusiones. Víctima de ellas he sido desde que salí de Miramar, y para poner el pie en senda de realidades á Miramar quiero volver. He comisionado á Lopez para que haga saber á Escobedo que por mi parte ha cesado la lucha, que me deje salir de la plaza con mis servidores y amigos.

SAML. Señor...

MAX. Repúgname la huida, Saml; pero fuerza es confesarlo, ningún otro recurso nos queda.

SAML. Sean cuales fueren las determinaciones de vuestra majestad, á su lado me hallará para sufrir las consecuencias, ya sea gozando del poder, ya para morir, si hasta ese extremo fuera preciso llegar.

MAX. Gracias, Saml; siempre he visto en usted al amigo leal, é injusto fuera si ahora dudase de sus palabras.

SALM. ¿Por qué parte debe llegar el coronel?

MAX. No lo sé. Dijele que en este sitio le esperaba y no traté de inquirir por cuál había de llegar hasta Escobedo y regresar después. Quizá, si salva fácilmente las trincheras que se extienden á lo largo de ese paredón (*El del fondo*), vendrá por esa puerta. (*Derecha.*) De lo contrario, tendrá que entrar por la principal del convento.

SALM. ¿No tienen noticia de esto los generales Mexia y Miramon?

MAX. Ni han de tenerla hasta que todo esté resuelto. Embarázame tener que negarme á los ultimos proyectos, y pesar me causa destruir el edificio que su valor intenta levantar, espoleado por la desesperación. (*Oyese ruido por la derecha.*)

SALM. Alguien mueve esa puerta. Quizá Lòpez?...

MAX. El debe ser. (*El Príncipe acompaña á Maximiliano, que sube un poco al fondo izquierda. La puerta derecha se abre y entra López con precaución,volviendo á cerrar sin pasar el cerrojo ni ehar la llave.*)

ESCENA II

DICHOS y el coronel LOPEZ. Después don TOMAS MEXIA y don MIGUEL MIRAMON por la Izquierda.

LOPEZ. (*Muy fatigado.*) Por fin llegué!... Fácil me ha sido burlar la vigilancia de los centinelas, que rendidos por la fatiga se duermen en las trincheras.

MAX. (*Contestando á la pregunta del príncipe.*) Sí; él es. (*Bajando.*)

LOPEZ. ¿Quién va?

MAX. Coronel!...

LOPEZ. Ah! ¿Es vuestra majestad?

MAX. Si. yo soy, impaciente por saber la resolución de Escobedo.

LOPEZ. Señor... (*Con temor.*)

MAX. Y bien, ¿qué contesta á mis deseos?

LOPEZ. Se niega á todo. (*Movimiento de contrariedad en Maximiliano. Pausa larga, durante la cual López pretende sorprender los pensamientos de Maximiliano, sigue despacio y siempre observándole.*) Dice que la subordinación que debe á su gobierno... le impone... el deber de cumplir las órdenes que recibe... y como parece que previsto estaba... el caso de la rendición de la plaza... no acepta ninguna proposición. ((*Pausa.*) Yo, señor, viendo que nada conseguia empleando frases persuasivas... llegué hasta la súplica...

MAX. (*Con dignidad,*) Mal hecho.

LOPEZ. Hablome del decreto de 3 de Octubre... y yo intenté...

MAX. (*Aparte.*) El decreto de muerte. (*Queda abismado. López siempre observando.*)

SAML. Señor, gente viene por este lado. (*La izquierda. Maximiliano no contesta.*)

LOPEZ. Qué pensará? (*Aparte*)

MIR. (*Entrando con Mexia.*) No se equivocó el centinela del claustro.

SAML. Señor... (*A Maximiliano, indicándole á los generales.*)

MEX. Está aqui el emperador?

MAX. Si; aqui estoy, señores.

MEX. Al retirarnos á las celdas que nos sirven de dormitorios, quisimos saber si Vuestra majestad se sentia más aliviado de las dolencias que le aquejan.

MIR. Preguntando á los eentinelas que hay en los

corredores, hasta aquí nos han guiado.

MAX. Gracias, señores, por tanto cuidado. No estoy peor de mi mal; la noche es apacible, y respirar quiero el aire libre.

MIR. Dicen los doctores que la enfermedad que padeceis (13) os impide serenaros.

MAX. Tiene usted razón. Es una imprudencia el permanecer en este sitio. Retirémenos ya. Vamos, Salm. (*Vanse los dos, y al pasar junto á los generales, Salm. dice al Archiduque*):

SAML. ¿Hay alguna esperanza?

MAX. Ninguna.

MIR. Qué tratarian los tres en este lugar? (*Aparte á Mexia.*)

MEX. Quién sabe! Este López... (*Suben hasta la puerta. donde les espera Maximiliano, y se van los cuatro.*)

ESCENA III

El CORONEL LOPEZ.

Después el general VELEZ y cuatro OFICIALES por la tronera de la tapia del fondo. Desde la salida de Lopez en la escena segunda, el centinela de la tronera se ha dormido. Detrás del general Vélez y los que le acompañan, preséntase en la tronera un grupo militar como esperando órdenes.

LOPEZ. (*Pensativo.*) Extraña impasibilidad la del emperador, al recibir la negativa de Escobedo. Qué determinación pensará tomar? (*Casi con desesperación.*) ¡Tinieblas por todas partes!... Busco luz y hallo obscuridad... Qué mucho si el desaliento se apodera de mí!... Oh!... ¡Bien hecho está lo hecho! Primero y siempre yo... (Se sienta en el acirate del arbol y queda profunda-

mento abismado. Entran por la tronera, después de una pausa, el general Vélez y cuatro Oficiales, entre ellos los Comandantes y Capitanes primeros y segundos, evitando todo ruido. Se apoderan del centinela y, tapándole la boca, le entregan al grupo que permanece en la tronera, el que le hace desaparecer tras de la tapia. Vélez y sus acompañantes, revólder en mano, descienden con mucha precaución; todos son del ejército republicano. Avanzan lentamente. desparramándose en todas direcciones. Uno de ellos descubre á López, y avisa á Vélez, que se halla cerca de la puerta izquierda; todo por señas. Vélez dispone que uno marche a la puerta derecha, que otro quede junto á la izquierda y los otros dos avanzan con él hasta cerca del arbol.)

VELEZ. Bajémos con precaución y gran cuidado, y registrémos este lugar, (*Desapareció el centinela.*) que debe ser la antigua huerta del convento.

LOPEZ. (*Al acercársele el grupo.*) ¿Quién va? (*Al levantarse y echar mano al revólver, se encuentra con el de Vêlez junto á su cara.*)

VELEZ. (*Reconociéndole.*) ¡Don Miguel!

LOPEZ. (*Tranquilizàndose.*) Ah! Ustedes!...

VELEZ. ¿Dónde está el emperador?

LOPEZ. Pero...

VELEZ. ¿Duda usted? (*Le amenaza con la pistola.*)

LOPEZ. (*Después de dudar*) No. Sigame ustedes.

VELEZ. ¿Adónde conduce esa puerta? (*La derecha.*)

LOPEZ. A un costado de la plaza del convento y á una línea de trincheras.

VELEZ. (*Al jefe que está á la derecha*) Usted por ahi con lós suyos. Nosotros por aqui. (*Izquierda*) Guie usted, y cuidado. (*A López, amenazándole con el revólver.*

LOPEZ. (*Aparte.*) Ya no es tiempo de titubear.

(Vase López con Vélez y dos Oficiales, quedando los otros junto á las puertas. Hacen señas al grupo que está en la tronera, y en el acto descienden, sin ruido y seguidos de numerosa tropa, en dos filas. Cada una penetra por distinta puerta, guiados por

los Oficiales. Gran tumulto de pasos y voces por la izquierda, y de muchedumbre por la derecha. Por un momento, se suspende la salida de tropas por la tronera, quedando sola la escena.)

ESCENA ULTIMA

MAXIMILIANO y SALMSALM, por la izquierda después López por la derecha. Más tarde Jefes, Oficiales y soldados hasta llenar la escena, traen las banderas de los regimientos, el aguila sin corona. Repique de campanas; tiroteo lejano; vivas lejanos también, por todos lados.

MAX. (*Maximiliano saliendo con Salm.*) ¡Oh! me han vendido! La casualidad nos ha traido á este sitio, al que hemos llegado, sin duda porque no han visto en nuestra ropa ninguna insignia militar. ¿Pero qué hacer?

SALM. Es preciso aprovechar la circunstancia de haber llegado hasta aqui á favor de la confusión.

MAX. Más ¿á dónde nos dirigimos?

LOPEZ. (*Con precipitación.*) Ah! por fin! ¡Sálvese vuestra Majestad; junto á esa puerta está mi caballo! Tengo lugar seguro dondo esconderos, huya V. M.

MAX. Huir! (*Con sumo desprecio.*)

LOPEZ. ¡No hay tiempo que perder!

MAX. ¡Yo no me escondo! ¡Vamos Salm! (*pasa por delante de López, junto á la puerta derecha se vuelve y le dice:*) Si quiere usted cumplir mis últimas órdenes, diga á todos los leales que encuentre que al Cerro de las Campanas me dirijo, y si puedo llegar á él, allí me batiré con los que me acompañen hasta el último momento. (*Vánse puerta derecha Maximiliano y*

Saml, López, después de titubear un momento váse puerta izquierda. Entran muchas tropas por la tronera, con precipitación y llenan la escena en buen orden. Repique de campanas, voces, vivas, tiros, estruendo por todas partes fuera de la escena. Un oficial que lleva la bandera republicana haciéndola flamear.)

OFICIAL ¡Viva la República! (*Sin gritos.*)

TODOS ¡Viva! *idem.*

OFICIAL ¡Viva Don Benito Juárez! (*Sin gritos.*)

TODOS ¡Viva! (*idem.*)

(Una banda militar fuera de la escena en el fondo toca un paso doble á toda fuerza. Telón lento. Al buen sentido de los Directores se recomienda este cuadro que desde la salida de López está descrito con fría exactitud, tal como lo refieren los historiadores Lefebre y Hans.

FIN DEL ACTO TERCERO





EL DESENLACE DE UN IMPERIO.

ACTO CUARTO

(1) Una habitación en el Convento de las Capuchinas, en Querétaro. Gran puerta en el fondo, que figura cerrarse por fuera con cerrojo, cuyo chirrido debe oirse. Dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda, las cuatro permanecen abiertas todo el acto, hasta la mutación; á la derecha, la primera es la celda del General Mexía; la segunda, la de Miramón; á la izquierda, la primera, la de Maximiliano; la segunda, la de Salmsalm. Las paredes, blancas. Seis sillas corrientes. En el proscenio, á la izquierda mesa veladora con recado de escribir.

Son las 5 de la mañana del día 19 de Junio de 1867. Entre las dos puertas de la derecha, altar provisional con un Crucifijo: velas de cera y cojines al pie.

ESCENA PRIMERA

MIRAMON, sentado á la derecha, repasando una carta que tiene en las manos. Poco después MEXIA, primera puerta derecha

MIR. Buena ocasión, por cierto, de ofrecernos la ibertad de Mexía y á mí. Hiciéranlo en los

primeros momentos y no fuera censurable nuestra evasión: Ahora, casi en el momento de pronunciar nuestras sentencias, que no han de tardar en hacernos saber, por insigne cobardía se tuviera la fuga; y tanto más censurable, aun, para nuestras propias conciencias, cuanto que en este plan, (*refiriéndose á la carta.*) No se cuenta con el Emperador. (*pausa.*)

MEX Compañero, buenos días.

MIRA (*Jocial.*) No espero yo muy bueno el que acaba de amanecer por más que otros sean los deseos de usted.

MEX (*Por la carta que tiene Miramón.*) ¿Todavía tiene usted esa carta en las manos?

MIRA Sí, compañero: la leo una y otra vez porque no deja de ser noble la conducta de los que nos las escriben. (*Leyendo.*) "A los Generales Don Miguel Miramón y Don Tomás Mexía en su prisión de las Capuchinas: Resuelta y preparada tenemos la fuga de ustedes, pero de ustedes solos, sin que les acompañe el Archiduque. Sois mexicanos y no queremos privar á la Madre Patria, de dos hijos valientes. Si aceptan ustedes, como esperamos, arrojen esta carta por una de las ventanas de sus celdas y esto será la señal para llevar á cabo nuestro intento. Los republicanos.» (2) ¿Que le parece á usted, compañero?

MEX. ¿A mí? Que rompa usted esa carta que nos trae la tentación de una infamia.

MIR. Dice usted bien. (*la rompe en pequeños pedazos, que tira y queda pensativo.*)

MEX. ¡Se ha quedado usted pensativo! Que, ¿siente usted haber defendido hasta hoy, la causa que eligió al principio de su carrera política?

MIR. (*Dignidad y convicción*) ¡No por vida mia! ¡Soy conservador y abogo por la monarquia, porque creo que esa es la única forma de gobierno que ha de asegurar la paz y la tranquilidad de mi pátria querida: esta creencia es la que ha dado forma hasta hoy á mi conducta, y en tanto que aliente no he de arrepentirme.

MEX. Yo creo, compañero, que eso de las ideas politicas, tratándose de hombres de buena fe, está en el organismo del individuo, y por ello deploro se castigue con dureza los delitos políticos. ¡Vengan en buena hora y arranquen de mi mente las ideas fijas que en ella bullen; substituyan por otro ese . . . No se qué, que alimenta mis ideas y ellas cambiarán. ¿Es culpa mia haber nacido con estos instintos?. . . . Si regida por Dios, la naturaleza, me hizo de este modo, ¿conqué derecho, los hombres se irrogan el de castigar un cuerpo que así formó el que más sabe?

MIR. No creí á vd. capaz de tan profunda filosofia; con ella me fortifica vd., porque abundo en los mismos pensamientos! ¡Traidores nos llaman porque buscamos la felicidad de nuestra pátria por distinto camino que los que nos censuran . . . . Sea en buena hora; por eso no desisto de mis creencias. Monarquiá es Inglaterra, nación grande y feliz. Bélgica, España, Austria, Italia . . . . otras tantas monarquias nos presentan, sin que sus habitantes sean más desgraciados que los hijos de México.

MEX. ¡Nada, compañero; los republicanos brindannos con la libertad, en este momento en que tenemos èl pié sobre el primer peldaño del cadalso . . . . Maximiliano es la personificación de nuestra política; él se hunde, pues

vamos con él á la gran sima del no ser!

MIR. ¡Venga esa mano, compañero. (*entusiasmo*).

MEX. ¡Traidores nos llaman! .... Poco hemos de tardar en darles la mejor y más elocuente prueba de nuestra lealtad (*estrechándose las manos y en voz alta*) ¡Viva México! ¡Viva Maximiliano I. Emperador!

MIR. ¡Viva el Emperador! (*suena el cerrojo de la puerta que se abre apareciendo tras ella cuatro soldados y un sargento, todos apuntando los fusiles hacia los generales*).

ESCENA II

MIRAMON, MEXIA, el Sargento 1º, cuatro soldados. después el Capitán 1º Foro.

SARG (*Como contestando á los vivas de los generales.*) !Muera el Emperador¡!viva la Repúblíca Mexicana!

SOLD. Viva¡ (*con entusiasmo*).

CAP. 1.o ¿Qué es esto, señores? (*los soldados bajan las armas*).

MIR. Ignoramos la causa de esas voces, (*natural*) Quizá las lanzan por placer de mortificarnos.

CAP. 1.o ¿Me esplicará vd. qué significa? ....

SARG Mi capitán ... yo estaba ahí fuera ... un poco adormilado ... por que como llevamos tantas desveladas ... (*3.*)

CAP. 1.o ¡Acabe usted!

SARG De pronto llegaron á mis oídos las voces de "Viva el Emperador" y sin más, mandé preparar á los muchachos y entré gritando.. Muera el Emperador.

SOLDS !Muera¡ (*llevados del entusiasmo.*)

CAP. 1 o !Silencio!.

SARG. Mi capitán . . . (*En son de disculpa.*)

MEX. !Bien, muchachos¡ nosotros cumplimos aquí con nuestro deber· tu cumples con el tuyo. (*Encantado con la sinceridad del sargento*).

MIR. Capitán, disculpa merece la conducta de ese Sargento, mi compañero y yo ensayábamos el grito que hemos de dar en el momento de morir, y el infeliz interpretó . . .

SARG. Mi . . . (*Va á explicar*).

CAP. 1.o Ocupe Ud. su puesto. (*Váse con los soldados.*)

Dispensen vds. la torpeza de ese valiente, su celo republicano le hizo olvidar el respeto que se deve á la desgracia.

MIR. El pobre estaba dormido. (*disculpandole*).

MEX. No nos ha faltado al respeto. (*idem*).

MIR. No hay motivo . . . .

CAP. 1o. Y ahora, permítanme que pase anunciar al Archiduque, que el Doctor Bassch desea hablarle.

MEX. Precisamente viene ahí el Principe de Salm Salm. (*como está de frente á la izquierda, fácilmente le ve antes de salir*) y él podrá desempeñar la comisión. Tal vez esté acostado el Emperador. (*Destacando el título*).

CAP. 1o. Tengo otra misión que se refiere al Sr. Salm. (*ha notado al empeño de Mejía en acentuar la palabra «Emperador» y con el gesto significa su cortés tolerancia*).

SALM. (*Presentándose*). ¿Quién me nombra? (*Ha oido las últimas palabras del Capitán*).

ESCENA III.

DICHOS, SALM, SALM, 2ª puerta izquierda.

MIR. Este caballero Capitán (*sin intención*)

CAP 1o. El señor Doctor Bassch, desea hablar al de Hapsburgo. (*mucha delicadeza al pronunciar el apellido y no el título*).

SALM. Avisaré á S. M. I. (*altivo y hasta impertinente*).

CAP. 1o. ¡Gracias! (*mucha finura. Váse Salm 1ª izquierda*).

MEX. (*á Miramón*). Retirémonos nosotros

MIR. Sí, no debemos ser testigos . . . .

CAP. 1o Como vds. gusten. (*Vánse cada uno á su celda después de cortos saludos al Capitán, y darse ellos las manos.*

ESCENA IV

CAPITAN 1o., MAXIMILIANO y SALM SALM

MAX. ¿Dónde está el Doctor? (*presentándose*).

CAP. 1o. Espera saber si está vd. dispuesto á recibirle.

MAX. ¿Vd. podrá avisarle? (*cortesía*).

CAP. 1o. Con sumo gusto. Pero antes tengo que cumplir con otro deber. (*á Salm*) Sr. Salm, tenga vd. la bondad de seguirme.

SALM. ¿Con qdé objeto? (*Siempre altivo*).

CAP. 1o. (*Con fineza*). Una escolta está esperando para conducir á vd. á otra prisión.

SALM. A otra prisión! ¿Por qué me separan del Emperador?

CAP. 1o. (*Estremada cortesia*). No soy mas que Capitán; cúmpleme acatar las órdenes que se me dan y no tengo derecho de inquirir las causas que las motivan. (*Gesto de reveldia en el Principe*). Espero me evite vd. recurrir á la violencia

MAX. (*Aparte á Salm*) (No oponga vd. resistencia . . . Seriá inútil).

SALM. (*Sin ficción, alto*). !Yo quiero morir al lado de V.M!

MAX. (*Muy bajo á Salm*). (Habrán sido descubiertos nuestros planes de evasión y nos separan; están en su derecho !Adios Salm¡

SALM. !Señor¡. (*Quiere besarte la mano*).

MAX. !Los brazos! (*Se abrazan*). Si muero, que es lo más probable, y vd. se salva, como espero, toda vez que no tiene otro delito que su lealtad; reclame vd. mi testamento; en él hay una cláusula por lo que le han de ser entregados todos mis papeles; asi los que están en México, como los que existen en Miramar, Roma y Paris. Reúnalos y procure escribir la Historia de mi Imperio, para que el mundo sepa qne he sido victima de perdidas ambiciones y haga justicia á mi memoria

SALM. Señor .... (*Muy conmovido*).

MAX. ¡Valor, amigo mio! (*Pausa larga*).

CAP. 1o. *Muy poca voz, conmovido tambien y sintiendo interrumpir la escena* La escolta espera. (*Salm se desprende de los brazos*). (*Maximiliano, recobra su entereza y dice el capitán*).

SALM. Vamos. (*Vánse, cuidese la situación*).

ESCENA V

MAXIMILIANO, á poco el DR. BASSCH, Foro.

MAX. Intentan hacer más crueles mis últimos momentos separándome de mi mejor amigo justa represalia á los muchos males que he causado sin saberlo . . .

DOCTOR Señor! . . . (*En el fondo dejando ver profundo respeto y gran cariño*).

MAX. (*Cariñoso*). Pase vd., amigo mio. Seguro estaba de que no me había de olvidar en este instante.

DOCTOR Esa seguridad me honra.

MAX. I bien, Doctor, ¿que nuevas me trae vd., hay alguna que endulce mi situación?

DOCTOR Cuantos planes de evasión se proyectan ¡fracasan en el punto mismo de ponerlos en obra! . . .

MAX. No lo estraño. Fácil es contener la corriente cuando por marcado cauce y suave inclinación se desliza; pero ¿quién pone dique al torrente que desde elevada cumbre se precipita, repentino é inexperado? . . . (*cambio de tono*). ¿Qué noticias tiene vd. de la princesa de Salm Salm?

DOCTOR Han descubierto que pretendiendo ganar á varios oficiales preparaba la fuga de V. M. y la han hecho salir de Querétaro. Por la misma causa ha sido transladado á otra prisión el Príncipe. Descubierta fué su intención de sobornar al jefe de la guardia que os custodia (5) y vigila.

MAX. ¡Leales amigos! ¿De suerte que no hay esperanza ninguna? . . . . .

DOCTOR Por más que los licenciados Vázquez y Ortega; Riva Palacios y De la Torre, (5) han hecho elocuentísima defensa de V. M., susúrrase por el pueblo que la sentencia . . .

MAX. (*Sin dejarle terminar*). Es de muerte. (*Afirmativo, pausa*). No me sorprende ni culpo á mis jueces, por más que creo incompetente ese Tribunal. (6) No son Juárez ni su partido los que me sentencian á morir; es Napoleón III, el que me arroja al cadalso. Tarde, amigo Doctor, he llegado á saber cuántas infamias se han cometido en mi nombre por Bazaine y sus subordinados, bajo el escudo del Decreto de 3 de Octubre. Espantados de su obra, incendiaron pueblos enteros para que el calor del fuego enjugara la sangre que los fusilamientos produjeron y cuidaron de amordazar á cuantos referirme pudieron tan crueles atentados. ¡Todas esas infamias se desploman hoy sobre mi; y si una sentencia no me condenase á morir; mataríame mi propia conciencia. (7) Doctor, mi personalidad es la escritura en que Napoleón quiso hacer constar su derecho á la Sonora; (8) los republicanos amantes de la integridad de su país, rompen el documento que robarles puede su territorio.

DOCTOR (*Después de pausa*) V. M. no ha tenido tiempo de dar á conocer sus grandes proyectos ni la magnanimidad de su alma.

MAX. La América del Norte, Francia, Roma y la misma Austria, han cuidado de evitarlo.

CAP. 1o. (*Foro*) Acaba de llegar el Teniente Coronel, encargado de leer la sentencia á los reos. (*Ha salido seguido de cuatro soldados*)

DOCTOR ¡Gran Dios! (*aparte*)

MAX. Me hallo dispuesto á recibirle. (*á una seña del Capitán 1º pasa un soldado á la celda de Mexia, otro á la de Mi-*

ramón y á poco vuelven á salir seguidos de los generales citados, á los que figura fueron á llamar; á otra señal del Capitán, entran por el fondo: el Teniente Coronel que trae la sentencia escrita, seguido de un piquete numeroso que manda un capitán, y forma en la escena de frente al público. Mientras la lectura de la sentencia, dos soldados encienden y disponen el altar. Puede arreglarse el altar sin que el público se dé cuenta de ello, toda vez que la fila de tropa está delante. Importa mucho no distraer al público en este momento, siendo preferible en los teatros pequeños, que el altar aparezca al principio del acto).

ESCENA VI

MAXIMILIANO, el Doctor BASSCH, MIRAMON, MEXIA, el Capitán 1o., Capitán 2o., el Teniente Coronel, los soldados del piquete. El Doctor que al principio quedó á la derecha, pasa ahora al extremo izquierdo. Colocación; á contar por la izquierda. El Doctor, MAXIMILIANO, Capitán 1o., el Teniente Coronel, Capitán 2 ? en segundo término, MEXIA, MIRAMON, detrás la tropa con Sargento y Cabo.

TEN. COR. *(Después que el Capitán 2o. dió las voces de "alto y formación" que ejecuta la tropa. Todo solemne).* Triste, é ineludible deber me conduce ante vds *(á los reos. Muy poca voz.)*

MAX. El nuestro nos aconseja disculpar á vd.

MIR. *(Con jovialidad que contrasta con la gravedad del caso, que se recomienda mucho á los directores)* Sepamos los detalles de esta acción, en la que nos toca sucumbir sin ser vencidos.

MEX. ¡Que sangre fría tiene vd.!

CAP. 2o. Presenten arm. *(los soldados ejecutan).*

TEN. COR. *[Leyendo]* "Vista la orden del C. General en "Jefe, del día 24 del pasado Marzo, para la "instrucción de este proceso; la del 21 del "mismo mes, del Ministro de Guerra que se "cita en la anterior, en virtud de las cuales

"han sido juzgados Fernando Maximiliano
"de Hapsburgo, que se tituló Emperador de
"México, y sus dos Generales Miguel Mira-
"món y Tomás Mexía, por delitos contra la
"Nación, el órden y la paz pública, el dere-
"cho de gentes y las garantías constituciona-
"les: Visto el proceso formado contra los ex-
"presados reos con todas las diligencias y
"constancias que contiene, de todo lo cual
"ha hecho relación al Consejo de Guerra el
"Oficial Teniente Coronel de Infantería per-
"manente C. Manuel Azpiroz: habiendo com-
"parecido ante el Consejo de Guerra que pre-
"sidió el Teniente Coronel de Infantería per-
"manente C. Rafael Platón Sánchez: todo
"bien examinado con la conclusión y dictá-
"men de dicho Fiscal y defensas que por es-
"crito y de palabra hicieron de dichos reos
"sus procuradores respectivos: el Consejo de
"Guerra ha juzgado convencidos suficiente-
"mente de los delitos contra la Nación, el de
"recho de gentes, el órden y la paz pública
"que especifican las fracciones 1ª, 3ª, 4ª
"y 5ª del art. 1º y 5º del art. 2º y 10
"del art. 3º de la Ley de 25 de Enero de
"1862; á Fernando Maximiliano, y de los de
"litos contra la Nación y el derecho de gen-
"tes que se expresan en las fracciones 2ª,
"3ª, 4ª y 5ª del art. 1º y 5o del art. 2º
"de la citada ley, á los reos Miguel Miramón
"y Tomás Mexía; con la circunstancia que en
"los tres concurre, de haber sido cogidos in-
"fraganti en acción de guerra el dia 15 del
"próximo pasado Mayo en esta plaza, cuyo
"caso es del art. 28 de la referida ley; y por
"tanto condena con arreglo á ella á los ex-
"presados Fernando Maximiliano, Miguel
"Miramón y Tomás Mexía á la PENA CA-

"PITAL señalada para los delitos referidos·
"Querétaro, Junio 14 de 1867.
"Platón Sánchez, Presidente. Ignacio Jurado,
"Emilio Lojero, José V. Ramírez J. Rueda
"y Auza, José Verástegui, Lúcas Villagrán."
(*Pausa muy larga Aplomo en Maximiliano; Decaimiento en Mexía; Indiferencia en Miramón; respeto y compostura en los militares, profundo dolor en el Doctor.*) ¿Tienen vds. algo que observar? (*Muy poca voz*)

MAX. Nada. (*Entereza digna.*)

MEX. Nada. (*Mucho desaliento*)

MIR. Estoy conforme. (*Muy trivial.*)

TEN. COR. Que Dios guarde á vds.

CAP. 2o. Firmes, derecha, izquierda... mar! (*A los soldados que abren paso en el centro al Teniente Coronel y vanse foro derecha.*)

CAP. 1o. Los sacerdotes esperan en sus respectivas celdas. (*á los reos, vánse los generales á sus departamentos. El Capitán 1º, foro*).

ESCENA VII

MAXIMILIANO, El Doctor BASSCH.

MAX. Doctor: tengo que poner algunas cartas, quizá mi mano no pueda dirigir la pluma, ¿quiere vd. hacerme el favor de escribir?

DOCTOR Todo cuanto mande V. M.

MAX. Querido Doctor, suprima vd. ese tratamiento que pudiera provocar la risa de algún indiscreto que nos oiga; la majestad ha desaparecido y solo queda el hombre.

DOCTOR Aun sois el Emperador...

MAX. *(Con suma amabilidad y como concluyendo la frase que interrumpe).* Fernando Maximiliano de Hapsburgo... suplica al Doctor Bassch, que escriba. *Pausa durante la que el Doctor se sienta al velador y se dispone á escribir lo que le dictan, cambiando papeles y poniendo sobres cuando el caso lo indica. Dictando.* Querétaro Junio 19... 67. á los jefes y oficiales prisioneros de esta Ciudad.— Próximo á emprender ese viaje... del que no se vuelve jamás, quiero dar á vds. mi adios postrero. Valientes leales y pundonorosos han sido vds., reciban por ello la única recompensa que hoy puede dar, y á la vez mi despedida, en la expresión de gratitud del que fué su Emperador." *(Sin dictar).* Ahora un telegrama á Dn. Benito Juárez. *(Dicta.)* Sr. D. Benito Juárez: Con el carácter de súplica manifiesto á vd. mi deseo de que no sufran los generales Mexía y Miramón. Si en mi tiene su origen el delito de que se les acusa, sea yo la única victima que lo expíe, y que el perdón de vd. prémie el valor y lealtad que han demostrado." *(Pausa. Sin dictar)* Ahora á Carlota *(Vuelve á Cambiar papel el Doctor.)* Posible es que algún día vuelva á la razón la, hoy, pobre loca; cuando esto suceda, si sucede, cuide vd. de que llegue á sus manos lo que va usted á escribir. *(Dicta.)* Amada esposa: Víctimas de un sueño hemos sido: al despertar, tú has querido buscar la realidad, y has perdido la razón; yo puse los piés sobre un trono, las gradas se hundieron y he venido á caer en un cadalso; no soy el primer monarca que así concluye y plegue á Dios que sea el último. Perdona á los que tanto mal nos han causado y no olvides que para ti á de ser el último pensamiento de tu esposo." *(Cuando el Doctor acaba de escribir, se levanta y cede el puesto á Maximiliano que se sienta y firma las tres misivas con la pluma que el Doctor le da recogiendo este después los documentos, cuando*

el de Hapsburgo se levanta.) Ahora Doctor, cuide vd de la publicidad de la primera, de la pronta remision del segundo, y guarde la tercera hasta el momento oportuno.

DOCTOR. Cumpliré con exactitud vuestras disposiciones.

MAX. No me despido todavía; espero ver á vd. antes...

DOCTOR. ¡Señor! *(Muy conmovido.)*

MAX. Antes de marchar *(Con mucha dulzura El Doctor quiere besarle la mano arrodillándose Maximiliano se lo impide estrechándole ambas manos; como dos amigos íntimos. Váse el Doctor, foro.*

ESCENA VIII

MAXIMILIANO, solo

Ya estoy solo; debo aprovechar este momento (*va al altar y se arrodilla en un cojin*). Más tarde mi oración se creería debilidad. Señor, (*de rodillas*) á tu potente mirada que abarca todos los mundos que se agitan en el infinito espacio, no ha podido escaparse el drama sangriento á que he dado motivo. Juzgar no puedo la magnitud de mis culpas, por más que intento medirlas por lo grande de mi arrepentimiento: perdono, en mi conciencia, á los que me invitaron al banquete de infamia que he presidido, implorando á la par, perdón de tu misericordia infinita. ¡Dios mío! sé clemente, y da á mi alma un lugar en tu santa morada! (*pausa. Se levanta*). Los sacerdotes me esperan: sus santas pláticas han de endulzar la amargura de mis últimas horas. (*Váse 1ª puerta izquierda*).

ESCENA IX.

MIRAMON, luego MEXIA

MIR. ¡Las santas exortaciones de esos padres, me sofocan! Por más que trato de convencerles que la muerte no me espanta, porque estoy familiarizado con ella. No puedo persuadirles; insisten é insisten en preparar mi ánimo. . . . Tantas veces he visto delante de mi pecho las bocas de los rifles, . . . (10) tantas he oido silvar las balas en mi derredor, que una más no me ha de causar terror ni espanto. (*pausa*). ¡Nécios! pensarán que estoy arrepentido de haber tomado la senda que elegí; en mi carrera política, porque voy á morir . . . ! ¡A fe mía que se engañan! ¡Si veinte veces volviera á la vida tras otras tantas muertes como la que voy á sufrir, veinte veces defendería la misma causa!! (*pausa*). ¡Yo, sentenciado de diverso modo opino que aquellos que me sentencian. . . El tiempo dirá cuál pensamiento es el mejor, y yo lo veré. . . . con los ojos del alma, que ven más claro, puesto que miran sin rencor. . . . Mientras que esto llega, tendré al menos un placer, el de que vean como muere el que nunca le tuvo miedo á la muerte. (*pausa larga*). Sentiré que mi compañero Mexía, esté menos tranquilo que yo. . . . (*va á la puerta de la celda de Mexía y llamándo*). ¡Compañero!

MEX. (*Dentro*). ¡Voy allá D. Miguel!

MIR. (*Bajando*). Por si le falta, quiero infundirle valor. Los sacerdotes le hablan al hombre el lenguaje de la religión, que por medio del arrepentimiento nos conduce al Cielo: yo he de hablar militarmente al soldado para que no desmaye en el viaje que junto á Dios nos lleva.

MEX. (*Saliendo*). Agradezco á vd. me haya llamado. El místico lenguaje de esos padres, dulcifica, es verdad, lo agrio de estos momentos!....

MIR. (*Acabando la idea*). Pero no dá valor á la materia; ¿no es verdad?

MEX. Pretenden, y lo agradezco, apartarme todo lo que con el mundo de los vivos se relaciona; y como en él dejo á mi esposa y á mis hijos, me contraría que de pensar en ellos me distraigan. ¡Abandonados quedan faltándoles yo! ¡Oh¡ ¡Cuál suerte les espera!

MIR. La misma que á los míos. (*Naturalidad*) Huérfanos de padre, heredan nuestros nombres, que, respetados han de ser por las generaciones venideras. Hoy, compañero, nos llaman traidores, porque todavía no se ha enjugado en las frentes el sudor que produjo la fatiga de la lucha: Mañana, cuando la mente y el cuerpo se hayan refrescado, posible es que á vueltas, de eso que llaman traición, vean algo parecido al heroismo à nuestra constancia. No nos preocupemos por el abandono de nuestras familias; amparo importante les queda, primero en Dios, y después. . . en los mismos mexicanos que han sido nuestros enemigos. (11).

MEX. (*Animándose*). Dice vd. bien! No hay en nuestra pátria un soldado, amigo ó enemigo, que esconda la mano cuando se la pidan los descendieutes de Miramón y de Mexía.

MIR. ¡Así me gusta! Ahora me convenzo de que llegará vd. al lugar del martirio sin vacilación, porque tiene la calma suficiente para avalorar la grandeza que hay en el corazón de los hijos de Anáhuac. (*Se estrechan las manos. Pausa*). Y ya que tranquilos nos vemos, respecto de nuestros hijos y esposas, pongámonos bien con nuestro padre común. (*Van al altar, se arrodillan y oran en silencio. Pausa larga*).

ESCENA X

DICHOS, El Doctor BASSCH, foro derecha

DOCTOR (*Desde la puerta fijándose en los generales*). Oh! ¡Santo recogimiento! ¡Tan valientes en el campo de batalla, como contrictos ante Dios! La posteridad honrará á estos dos héroes, que buena ó mala la causa que defendieron, saben morir antes que abandonarla).

MEX. ¡Ah! ¿Usted aquí, Doctor? (*levantándose*)

DOCTOR Admirable el cuadro que se ofrecía á mis ojos.

MIR. (*levantándose*). Estábamos haciendo mentalmente, nuestra primera declaración ante la imágen del infalible Juez que ha de juzgarnos en breve.

DOCTOR ¡Admirable conformidad!

MIR. Señor Doctor, débese tener apego á la vida, porque Dios nos manda conservarla como administradores de agena propiedad: en cuanto á la muerte.... merece ser vista sin ese miedo que comunmente se le tiene.

MEX. Habla vd. con exactitud. Una contrariedad

cualquiera; el más insignificante rasgón en nuestra piel, nos proporciona mayor sufrimiento que la muerte que nos espera. El tiempo apenas necesario para exhalar un ¡hay! nos deja espacio para el tránsito de la actual vida á la futura.

ESCENA XI

DICHOS, MAXIMILIANO, 1ª puerta izquierda.

MAX. Doctor . . Señores. . . .

DOCTOR Cumplidas dejo las órdemes que me dió V. M.

MAX. Gracias, Doctor, por tanto cuidado. (*á los generales*). ¿Cómo es que hallo á vds. léjos de los sacerdotes?

MIR. Después de confesarnos como cristianos, era preciso que hiciéramos nuestra mútua confesión como soldados. Absuelto he sido por mi compañero Mexía, que á su vez á recibido mi bendición, y esperamos, limpios de toda culpa que vengan los que de la penitencia han de conducirnos á mejor vida.

MAX. No han de tardar; faltan pocos minutos para las . . . . *(Un reloj da las siete y se sigue un redoble de tambor. Todo interior)*.

MIR. Llegó el momento.

ESCENA XII.

DICHOS, y los Capitanes 1.° y 2.°, y la escolta que forma en el fondo detrás de la puerta.

CAP. 1o. Es la hora señalada. ¿Están vds pronto? (*situación solemne*).

MIR. Hace rato que nos hallamos dispuestos esperando á la persona que debe conducirnos.

DOCTOR (Horrible instante.) (*Se halla á la izquierda de Maximiliano quedando Mexia al extremo derecha con Miramón; los capitanes en el centro.*)

CAP. 1.o Cuando vds. gusten. (*El capitan debe decir esta frace con tan poca voz, que la última palabra apenas llegue al público*).

MAX. (*A Mexia y Miramón*). Amigos mios; el último abrazo. (*Pasa al centro de los dos y se estrechan en triple abrazo*). Juntos vamos á morir, pero como no sabemos el lugar á que Dios destina nuestras almas, debemos despedirnos.

MIR. Señor! (*Este es el único momento en que Miramón se conmueve recobrando en el acto su natural indiferencia*).

MEX. (*La antitesis de Miramón; en este momento viene un razgo de energía para volver á caer en su abatimiento*). Si dueño de su pensamiento es el hombre en la otra vida, como lo es en esta, cuente V. M. con mi alma en la mansión eterna, como ha contado con mi brazo en la perecedera estancia!

DOCTOR (Constancia heroica!) (*Aparte*).

MAX. Gracias, amigos mios. (*Al doctor dándole la mano*). Doctor...

DOCTOR Señor!..

MAX. *(Aparte al Doctor, muy bajo).* Si algún día mi esposa recobra la razón, (12). digale vd. que mi último pensamiento fué para ella. *(Vencido por el dolor vacila un momento pero se repone y volviendo á los generales dice:)* ¡Vamos! *(Signo de asentimiento en los generales; suben al fondo pasando entre los dos capitanes y desaparecen seguidos por los soldados y el Doctor. Cuando la escena lo permita, la escolta formara en ella para dar lugar á que por detras de la fila, varios soldados sin precipitacion ni ruido quitan todo el mueblaje y se haga seguidamente del mútis general la mutación. En contrario queda al buen juicio de los directores.*

MUTACION.

Acto 4.º Cuadro 2.º

El cerro de las Campanas en Querétaro. Este Cerro, es más bien una desigualdad del terreno, que Cerro, propiamente dicho: su elevación insignificante, pero sí muy estendido. Como el desnivel es muy ligero, pusieron á modo de una tápia formada de adoves en la que las balas perdidas pudieran detenerse. Ningún árbol crece en el cerro, solo pequeñísimos y escasos arbustos: el terreno parece árido. En el fondo hay un gran grupo de nubes que limita la vista, á los lados se ven las últimas casuchas de la población con algunos árboles en los patios ó corrales. Al hacer la mutación aparecen gentes del pueblo en la escena, en los árboles y las tápias. Se oyen los ecos de una banda de música que á gran distancia y aproximándose ejecuta un paso doble. El pueblo se replega á los lados y al fondo; algunos hombres y muchachos trepan á los tejados: la música

sale á la escena por el 1er. término derecha, marcha de frente por el proscenio y comberge hasta quedar en la mitad izquierda del fondo; de la misma manera sigue la tropa que concluye por formar el cuadro, pegada á los costados y el fondo; mientras los oficiales acaban de disponer el cuadro, salen Maximiliano, Miramón y Mexía, este con un crucifijo en la mano, seguido cada uno de ellos, de su pelotón de cinco hombres; ocupan el ángulo izquierdo del proscenio; hablan los reos con los soldados de sus respectívos pelotones; Maximiliano les da oro, Miramón plata, Mexía ni habla. Tres oficiales acompañan á los reos al vértice del ángulo del fondo y derecho donde está la tápia de adoves, colocando á Mexía á la derecha, en medio á Maximiliano, Miramón á la izquierda, vuelven los oficiales á la cabeza de sus pelotones.

ESCENA UNICA

MAXIMILIANO, MEXIA, MIRAMON, Capitán 1o., 2o., y otro. Banda militar, soldados y pueblo.

MAX. *(A los soldados de su pelotón dándoles dinero, después que tras el toque de atención que da el clarín ha cesado la música).* No me tiren vds. á la cara, aquí, aquí. *(el corazón).* General Miramón; *(ya junto á la tápia).* Un soldado valiente debe ser distinguido por su Emperador, hasta el último momento. Ocupe vd. el centro. (13)

MIR. *(Rehusando).* Señor. . . .

MAX. Es lo último que mando. *(cambian de lugar. Dirigiéndose á la muchedumbre).* ¡Voy á morir por una causa justa, la de la independencia de México; que mi sangre selle las

desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!

MIR. (*leyendo en alta voz*). "¡Mexicanos! En el Consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida; aquí, pronto á perderla y cuando voy á comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traidor que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crímen, y perdono á sus autores, esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!"

(La banda ejecuta de nuevo un paso doble. Maximiliano aparta su barba á uno y otro lado con ambas manos, cual si temiera que las balas la estropearan. Miramón se yerge. Mexía abatido deja caer el brazo con el crucifijo que tiene en la mano El Oficial hace la señal y suena la descarga de los quince tiros. Maximiliano cae sobre su derecha; Miramón sobre su izquierda; Mexía de espalda. Se dice que Maximiliano quizo decir: "Hombre" pero solo se oyo: "Homb". En el momento en que han caido los reos, la banda abanza al centro de escena de igual manera que las filas de la tropa, ocultando los cadáveres. El grupo de nubes que hay en el fondo se abre, dejando ver un pequeño gabinete lujosamente amueblado: Don Benito Juárez está sentado junto á un velador en actitud medidabunda. La libertad está de pié detrás de Don Benito, envolviéndole ó cobijando con el pabellón Nacional. Si hay coro, acompañado de la banda, debe cantar á toda fuerza el himno nacional.)

Telón muy lento.

Fin del Drama.

